



06.





1.50
LA PERLA DE ORDUÑA,

ó

RECUERDOS DE LA MILAGROSA IMÁGEN

QUE, BAJO LA ADVOCACION DE

NUESTRA SEÑORA DE ORDUÑA LA ANTIGUA,

SE VENERA EN SU MAGNÍFICO SANTUARIO,

EXTRAMUROS DE LA MISMA CIUDAD,

en el Muy Noble y Muy Mas Leal Señorío
de Vizcaya.

POR

D. RAIMUNDO MIGUEL,

Académico correspondiente de la de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes de Córdoba, Individuo de la Real Sociedad Patriótica
de la misma y su Reino, Catedrático de Retórica y Poética en el
Instituto Provincial de segunda enseñanza de Burgos.



BURGOS: 1856.

IMPRESA DE Anselmo Revilla, PALOMA, 8,
esquina á la de Diego-Porcelo.

LA PERLA DE ORDUÑA.

0

RECUERDOS DE LA MAGNOSA IMAGEN

QUE BAJO LA ABOGACION DE

NUESTRA SEÑORA DE ORDUÑA LA ANTIGUA

SE VENDE EN SU MAGNIFICO SANTUARIO.

Este librito es propiedad del Santuario de Nuestra Señora de Orduña la Antigua, y nadie podrá reimprimirle sin auencia del Ilustre Ayuntamiento de la misma Ciudad.

DE VISCAYA.

1856

D. RAFAEL MICHIEL.

Académico correspondiente de la Clinica. Bellas Artes y Nobles Artes e Orden. Instituto de la Real Sociedad Patriótica de la misma y su Reino. Catedrático de Historia y Poética en el Instituto Provincial de segunda enseñanza de Burgos.



BURGOS: 1856.

IMPRESA DE ANSELMO REVILLA, PARRAL, 2.
capitan a la de Diego Pardo.

AL ILUSTRE AYUNTAMIENTO
De la Muy Noble y Muy Leal
CIUDAD DE ORDUÑA.

En Aragón, en España y en todo el orbe cristiano la devoción que siempre han profesado los Reyes y la Reina del mundo. No se vea un solo pueblo donde no se le rindan obsequiosos cultos; un solo templo que no la haya consagrado alguna de sus pilares. Todos la invocan en los grandes pellejos, todos acuden á ella en los trances. R. III. Difícil es hallar un corazón tan duro, un alma tan indiferente y fría, que no recurra á la Santísima Virgen un buque de consuelo, cuando en medio de sus aflicciones y quebrantos va corriendo el camino á la esperanza. El desalentado piloto vuelve á ella sus ojos suplicantes, abandonando á las embravecidas olas el remo y combatido esquite; el cristiano guerrero implora su favor en el campo de batalla; el ex-

AL ILUSTRE AYUNTAMIENTO

de la Villa de San Sebastián

Excmo. Sr. D. Juan de Oñate
Ayuntamiento de San Sebastián
Ciudad.

San Sebastián

INTRODUCCION.

ANTIQUÍSIMA es en España y en todo el orbe cristiano la devocion que siempre han profesado los fieles á la Reina del Empíreo. No se verá un solo pueblo donde no se le rindan obsequiosos cultos; un solo templo que no le haya consagrado alguno de sus altares. Todos la invocan en los grandes peligros, todos acuden á ella en los trances apurados. Dificil es hallar un corazon tan duro, un alma tan indiferente y fria, que no recurra á la Santísima Virgen en busca de consuelo, cuando en medio de sus aflicciones y quebrantos ve cerrado el camino á la esperanza. El desalentado piloto vuelve á ella sus ojos suplicantes, abandonando á las embravecidas olas el roto y combatido esquife; el cristiano guerrero implora su favor en el campo de batalla; el ex-

traviado caminante la llama al borde del precipicio; el moribundo estrecha su sagrada imagen en las convulsiones de la agonía.

Madre de la santa esperanza, Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos, Salud de los enfermos.... Tales son los tiernos epítetos con que la Iglesia la saluda. Depositaria de los tesoros celestiales que le franqueó la Omnipotencia, reparte con mano pródiga sus gracias, llevando la alegría y regocijo al seno del infortunio.

María! ¿á dónde no ha penetrado este nombre dulcísimo, lleno de encanto y suavidad? ¿En dónde no resuenan con eco melodioso las alabanzas de la Virgen sin mancha? ¿En qué país del mundo cristiano no es engrandecida y ensalzada la casta doncella de Nazaret, comparada á la azucena cuya blancura se hace admirar en medio de las espinas, segun la expresion de los Cantares? ¿En qué rincon del orbe católico deja de haber una efigie, un lienzo, una estampa, que recuerde á los creyentes aquella predilecta criatura, delicia del Eterno Padre, gloria de la celestial Jerusalem, regocijo de las almas justas? ¿Aquella criatura escogida entre todas las criaturas, bella entre todas las bellezas, bendita entre todas las mujeres, dotada de todas las gracias, enriquecida con todos los dones, superior en pureza, perfeccion y santidad, no solo á todo lo criado,

sino á quanto la mas elevada inteligencia puede comprender, y la imaginacion mas fecunda concebir?

Ella es aquella rosa mística, cuyos deliciosos perfumes santifican cuanto tocan; aquel lirio del valle, cuyo suave y delicado aroma lleva el bálsamo del consuelo á los pechos lacerados. Ella es la radiante estrella de la mañana, precursora del Sol de gracia, que alumbrá las tinieblas del espíritu, y desvanece las tempestades del corazón atribulado. Ella es la Reina de los ángeles, el arca de la alianza, la puerta del Cielo, el auxilio de los cristianos, la mediadora de la salvación, la restauradora de los siglos, la casa de oro, donde se hospedó *el que no cabe en los ámbitos del mundo; el que ha cerrado el mar como con un dique; el que ata las aguas en las nubes, desata la banda de los reyes, y ciñe con una cuerda sus riñones; el que lanza el rayo y el trueno, ceñido con fajas de lino.* Ella es, en fin, *la Madre de Dios*, con lo cual se dice, en expresion de S. Anselmo, lo mas que después de Dios puede decirse ni pensarse.

No es extraño pues que desde la infancia de la Iglesia se haya tributado á la Santísima Virgen un respetuoso culto de honor, amor y obsequio; no es extraño que se le haya rendido un homenaje mas frecuente, mas popular, y magnífico que á todos los demás Santos, á

quienes incomparablemente excede en poder y santidad. A donde quiera que se vuelve la vista, descúbreñse brillantes monumentos del amor y ternura de los fieles á esta celestial Señora. Mil suntuosas basílicas elevan por doquier en honra suya la frente majestuosa, prodigiosas creaciones del genio, portento de los siglos, gloria de las artes, asombro del mundo, testimonio irrefragable y elocuente de la piedad primitiva. Cien y cien ostentosos templos; cien y cien magníficos santuarios se consagran á su memoria, recordando con sus nombres, decoraciones, estatuas y pinturas, ya la feliz Natividad de María, ya su Concepcion Inmaculada, ora sus castísimos Desposorios, ora su Asuncion gloriosa á las regiones del Empíreo. No hay accion alguna de su vida, no hay aspecto alguno bajo el cual considerarse pueda, que no sea dulce objeto del cristiano culto. Aquí aparece radiante de hermosura, ceñidas sus sienes candorosas con la inmarcesible corona de las Vírgenes; allí es la desolada Madre, atravesado el corazon dulcísimo con la espada del dolor; ora la sumisa y obediente Hija, eclipsando con el brillo de sus virtudes las virtudes todas de la escuela santa donde se educa; ora la Esposa resignada que comparte humilde con su casto Esposo las penalidades de un viaje, la inclemencia y rigores de la estacion, las persecuciones de un tirano.

¿Qué mas? Como si todos los misterios que la Iglesia ha consagrado á la memoria de María, como si todos sus pasos y sus acciones todas en el mundo no ofrecieran bastante desahogo al cariño y la ternura, todavía la piedad cristiana ha multiplicado por do quiera su recuerdo, ha llevado su imágen á todas partes, á la encrucijada del desierto páramo, á la solitaria playa de los mares, á las márgenes del lago, á la orilla de la fuente, á la espesura de los montes, al risueño y pintoresco valle; inventando las mas ingeniosas alegorias, los nombres mas dulces, mas tiernos, mas poéticos, para publicar su bondad y su clemencia, para implorar su proteccion y auxilio, en toda clase de males, en todo género de apuros, en toda suerte de aflicciones. Sí, porque María, como ha dicho un filósofo cristiano, es la divinidad de la inocencia, de la flaqueza y de la desgracia. Aquí se la retrata bajo el tierno y elocuente símbolo de una *Divina Pastora* de mirar suave y cariñoso, que abriga con su manto á la pobre ovejilla descarriada; allí *Nuestra Señora de los Mares* que tiene su altarcito entre las rocas, acepta la ofrenda humilde de los pobres pescadores que cuelgan de su templo el húmedo vestido al lado de los restos de la destrozada lancha; acá la *Santa Virgen de los Bosques* sonríe con dulzura al fatigado leñador que deposita ante sus aras un nido de tórtolas;

allá *Nuestra Señora del Otero* acoge propicia las plegarias de los zagales y campesinos, felices en su retiro, sábios en su ignorancia, ricos en su pobreza; mas lejos la celebrada *Virgen de la Vega* derrama sus bendiciones por la amena y feraz campiña colmando los deseos del afanado colono; y en todas partes el gozo y los dolores, el contento y la tristeza, la prosperidad y la abundancia, invocan á todas horas con rica variedad de afectos á la Santa *Virgen de la Alegría, de las Angustias, del Socorro, del Consuelo, de la Paz y de los Campos*. Séanos permitido exclamar aquí con el tierno y profundo Chateaubriand: «La filosofía puede muy bien llenar sus páginas de palabras magníficas, pero dudamos que los desgraciados vayan jamás á colgar los vestidos de su templo.» (1)

— Pero si en todas partes ha sido y es objeto de entrañable amor la Reina de los Angeles, dudamos mucho que pueda señalarse un pueblo, donde la ternura y devoción hácia Maria rayen mas alto que en la noble ciudad de Orduña en el Señorío de Vizcaya. No es posible formarse una idea de la vivísima fe, de la ardentísima confianza que aquellos sencillos habitantes han depositado en su Patrona *Nuestra Señora de la Antigua*, cuya milagrosa imagen

(1) Chateaubriand: *Genio del Cristianismo*.

veneran en el Santuario de este nombre. Es preciso para ello haberlos visto una vez y otra postrados largas horas en su templo, haber escuchado sus plegarias, haber oído sus suspiros, haber estudiado su religioso fervor, su incomparable recogimiento, sus miradas y su llanto. Es preciso haber visto á aquellos pobres labradores, rendidos de cansancio y de fatiga, volver al crepúsculo de la tarde con los instrumentos del cultivo; y en vez de buscar en sus hogares el reposo necesario para reparar sus fuerzas, dirigirse silenciosos y resignados á la casa de la oracion, donde en honra y obsequio de María celebraban repetidos Novenarios. Es preciso haberlos seguido en sus piadosas excursiones, haberlos sorprendido en las altas horas de la noche dirigiéndose á bandadas, sin distincion de séxos, edades ni condiciones, al Santuario de la Virgen, hasta el punto de ser ya teatro insuficiente para tanta concurrencia la sagrada basílica. Es preciso haber sido testigo de una escena tan sentimental y tierna como la que nosotros presenciámos en aquel umbral bendito, á la luz de las estrellas y en medio de la calma y del silencio, cuando diez-maba nuestras poblaciones el terrible azote, que tan tristes recuerdos nos dejara. Es preciso haber oído allí los ayes que brotaban del corazón, y el consolador acento de las madres que decían á sus hijas; «Tengamos fe: aquí está

la Santísima Virgen: ella es nuestro apoyo, nuestro amparo, nuestra protección, nuestra esperanza.» (1) Es preciso, en fin, haber seguido á todo aquel pueblo en sus fervorosas rogativas, haber observado sus semblantes, haber inquirido sus afectos, haber notado las lágrimas de gozo que rodaban por sus mejillas. Solo quien lo haya visto, solo quien esto haya examinado, podrá formarse una ajustada idea de la singular ternura, del acendrado cariño, de la incomparable devoción que profesan los Orduñeses y los moradores todos de aquella comarca pintoresca, á su celestial Patrona *la Santísima Virgen de la Antigua*.

Incendiada hasta tres veces la ciudad de Orduña, perecieron desgraciadamente en la última catástrofe, ocurrida á fines del siglo XVII, todos los documentos relativos á la milagrosa Imágen, que se custodiaban en el archivo. Pérdida irreparable, y muy digna de sentirse, pues nos priva de una multitud de datos curiosos, y de la gran copia de noticias que hasta entonces se conservaban pertenecientes al primer culto que allí se tributó á la Santísima Virgen, y al inmenso catálogo de maravillas y

(1) Para evitar los funestos resultados que en tan críticos momentos pudiera producir la inmensa afluencia de gentes al Santuario luego que llegaba la noche, las autoridades, civil y eclesiástica, de comun acuerdo, tuvieron que retirar la imágen de aquel templo y trasladarla á la espaciosa Parroquia de Santa María.

portentos que por su intercesion poderosa obró el Omnipotente en aquel afortunado suelo. Sábese, sin embargo, por una tradicion constante y uniforme, que la Imágen milagrosa fué descubierta por un sencillo pastor de aquella comarca entre las ramas de un moral frondoso. Dan testimonio, aun hoy, de tan notable suceso no solo el trono mismo de la Excelsa Señora, colocado sobre el místico ramaje, sino tambien el corpulento moral, que reproducido de un vástago del árbol primitivo, crece lozano y vigoroso delante del Santuario, resguardado el tronco de un pedestal de sillares, sobre cuyo terraplen ha tenido la piedad cristiana la delicada ocurrencia de plantar rosales, azucenas, lirios, clavellinas, y otras mil vistosas flores, que con sus matices y perfumes parecen querer simbolizar la belleza y la dulzura, la suavidad y los encantos de la Princesa de los Cielos. Aunque en la actualidad no pudiera asegurarse con datos suficientes, si fué realmente milagrosa la aparicion de la sagrada efigie de María, ó si depositada en aquel aéreo trono por sustraerla á la profanacion de los impíos, guió la Providencia los pasos del zagal que allí la descubriera; es lo cierto, no obstante, que una tradicion no interrumpida sostiene lo primero, y que la posibilidad de que hubiese sucedido lo segundo, no amenguaria en lo mas mínimo el amor que profesan los Orduñeses á la que miran,

y no sin razon, como el númen tutelar de todo el valle.

El dia 8 de Mayo celebra la Ciudad la fiesta de su gran Patrona. La Misa, en la cual está expuesto el Santísimo Sacramento, es de la Asuncion de Nuestra Señora; el Oficio de la misma fiesta con su Octava. Cuéntase, que consultado un sábio y virtuoso Sacerdote sobre el misterio bajo el cual seria mas del agrado de la Virgen que se le rindiese culto, depositó en una urna tantas papeletas, quantos son los diferentes oficios que la Iglesia consagra á su memoria; y que hasta tres veces designó la suerte, el de *la Asuncion gloriosa de Nuestra Señora*. En el primer tercio del siglo XVII hizo la ciudad voto solemne y perpetuo de tomarla y tenerla por Patrona suya, celebrando cada un año en el ya citado dia su festividad con toda magnificencia y pompa, en agradecimiento á los distinguidos favores y mercedes que de ella habian recibido, y otros muchos que esperaban recibir en adelante. No podemos resistir al deseo de trasladar aquí ese importante y curioso documento en que tanto resalta la piedad de los Orduñeses, y del cual, á falta de otros datos, pueden fácilmente colegirse los prodigios obrados por Maria. Dice así:

«Es cosa asentada, segun nuestra Santa fe católica, que todos los Santos interceden en

»el Cielo, delante de la presencia de Dios, por
 »los fieles que se quieren valer de su interce-
 »sion. Y como los méritos de la Virgen Nues-
 »tra Señora exceden y sobrepujan á los de to-
 »dos los Santos, su intercesion es de la que se
 »espera mejor despacho. *Y teniendo esta Ciu-*
 »*dad una Imágen suya, tan devota y tan anti-*
 »*gua, que ha tenido y tiene nombre de Nues-*
 »*tra Señora de Orduña la Vieja;* y resplan-
 »deciendo su Divina Majestad en ella con obras
 »milagrosas, como se han alcanzado en tiem-
 »pos pasados, y las experimentamos en los
 »presentes, gozando de tan florido tiempo, en
 »el cual ha permitido Dios Nuestro Señor que
 »se hayan *aclarado milagros patentes* de es-
 »ta portentosa imágen, y algunos de ellos *con-*
 »*firmados y averiguados con rigurosas y bas-*
 »*tantes informaciones importantes y conve-*
 »*nientes, acasos y sucesos semejantes, por*
 »su Illma. del Sr. D. Gonzalo Chacon y Velas-
 »co, que al presente gobierna la silla del
 »Apostolado en este Obispado de Calahorra y la
 »Calzada; y considerando los beneficios que
 »esta Ciudad ha recibido, y aumentándose la
 »devocion de los fieles, de aquí adelante es
 »cierto que ha de obrar, según su misericor-
 »dia, su Divina Majestad por intercesion de la
 »Virgen Nuestra Señora, *cuya Imágen tene-*
 »*mos toda la Ciudad presente,* copiosa y col-
 »mada abundancia de milagros para honra y

»gloria de su Divina Majestad, y aprovecha-
 »miento de nuestras almas; y en reconoci-
 »miento de las mercedes y milagros ya califi-
 »cados, y de los que toda la ciudad y comarca
 »espera recibir; esta Ciudad, *aunque hasta*
 »*aquí la ha tenido en grande estima y como*
 »*imágen de toda devocion, desde hoy en ade-*
 »*lante la quiere tener y toma por Patrona*
 »*suya, y desde este punto la da y ofrece el ti-*
 »*tulo de titular y de Patrona,* para que cui-
 »de de los fieles de ella *como de vasallos su-*
 »*yos,* cuyo título desde hoy en adelante reco-
 »nocemos. Y para su ejecución, Señores, D.
 »Juan de Mardones Sojo, Alcalde y Juez ordi-
 »nario en la Ciudad de Orduña, su tierra y
 »jurisdicción por el Rey nuestro Señor; Licen-
 »ciado D. Francisco de Llano, Velasco, Procu-
 »rador general de la dicha Ciudad; Pedro de
 »Aldayturriaga, y Mateo de Oquendo, sus Re-
 »gidores..... V. S. S. ofrecen y hacen vo-
 »to en nombre de esta Ciudad y de todos sus
 »vecinos, presentes y futuros, de que de hoy
 »en adelante y para siempre jamás tendrán por
 »Patrona y Titular á Nuestra Señora de Or-
 »duña la Vieja, y en memoria de este voto to-
 »dos los años, tal dia como el de hoy, que se
 »contarán ocho de Mayo, hará procesion ge-
 »neral con todas las insignias y cera de co-
 »fradías, como es costumbre en los tales ac-
 »tos generales, á esta Sancta Casa, en donde

»se dirá la Misa Conventual en hacimiento de
 »gracias de tantos beneficios recibidos, y prós-
 »peros subcesos que espera recibir en sus con-
 »flictos? Y respondieron que sí.—Así bien, ¿si
 »ofrecen de pedir aprobacion de él á su Illma.
 »de el dicho Señor Obispo para su validacion,
 »y que el dia de la celebracion de esta fiesta
 »sea festivo? Y respondieron que sí, y lo pi-
 »dieron por testimonio en la dicha Ermita de
 »Nuestra Señora de Orduña la Vieja, á ocho
 »dias del mes de Mayo de mil seiscientos treín-
 »ta y nueve años, y lo firmaron de sus nom-
 »bres; y á ello fueron testigos los capitanes
 »D. Juan de Angulo, y D. Martin de Garaondo, y
 »otros muchos vecinos y moradores de la dicha
 »Ciudad.=D. Juan de Mardones Sojo.=El Lic.
 »D. Francisco de Llano Velasco.=Pedro de Al-
 »dayturriaga.=Mateo de Oquendo.=Ante mí,
 »Lorenzo de Zornoza. E yo el dicho Lorenzo de
 »Zornoza, Escribano del Rey Nuestro Señor y
 »público del número de la dicha Ciudad, pre-
 »sente fui á lo susodicho, y lo signe. En tes-
 »timonio de verdad, Lorenzo de Zornoza» (1).

A este curioso documento, copiado á la le-
 tra del original que obra en el archivo, sigue
 la confirmacion que del referido voto hizo el
 Illmo. Señor D. Gonzalo Chacon y Velasco,
 Obispo que fué de Calahorra y la Calzada: su

(1) Archivo del Ayuntamiento de la Ciudad de Orduña: Cajon A,
 Legajo 5.º, Cuaderno 6.º

data en la ciudad de Logroño á 18 de Marzo de 1642, firmada de dicho Illmo. Señor, y refrendada por D. Juan de Campo y Gallardo su Secretario.

A mediados del Siglo XIV se fundó una piadosa Hermandad con el título de *Ilustre Cofradía de Nuestra Señora de Orduña la Antigua*. Sus Ordenanzas datan del 20 de Mayo, Era de mil cuatrocientos y dos años (año de 1364) (1). Infíerese desde luego que, si ya entonces se conocia la Sagrada Imágen con el título de Nuestra Señora de la *Antigua Orduña*, su culto debe referirse á los mas remotos tiempos. Y si reflexionamos que, á pesar de ha-

(1) Son sumamente curiosas las Constituciones de esta Cofradía, no solo por su sencillez y piedad, sino por lo bien que en ellas se reflejan las costumbres antiguas. Empiezan así: *In Dei nomine Amen.—Esta es la regla de la Cofradía de Sancta Maria de Orduña la Vieja*. Después de una breve introducción escrita en un lenguaje puro, correcto y castizo, lleno de unción y suavidad, continúa: *Primeramente: Facemos juramento, etc.* Siguen después treinta sencillas Ordenanzas, todas bajo juramento, relativas al buen orden y obligaciones de la Hermandad. Por la 26 se previene que el hijo mayor de un cofrade pueda ser recibido *sin salario*, supuestas ciertas condiciones: por la 27, que los otros hijos paguen *diez maravedis cada uno*; y por la 28, que el yerno de un cofrade pueda ser admitido *por la mitad*.—En 1539 se adicionaron estas Constituciones con la siguiente: *Y Otrosí, ordenaron y mandaron los Señores Confrades, ó la mayor parte de ellos, estando juntos en Señor S. Juan del Monte en este año de mil y quinientos y treinta y nueve años, que ningún mayordomo, que es ó fuere, no sea osado de acoger por Confrade, de este año adelan e, á ninguno que non le perteneciere entrar por hijo ó yerno, so pena de cien maravedis á cada mayordomo de los que lo recibieren. Y mas, que el tal que fuere recibido, de hoy mas, que no lo sea.* Esta Cofradía no existe en la actualidad. El Papa Inocencio X por su Breve dado en Roma en 2 de Setiembre de 1653 concedió muchas indulgencias plenarias y parciales, perpétuamente, á todos los fieles que se inscribiesen en ella.

ber completamente desaparecido la poblacion primitiva, no solo no se extinguió el amor y devocion de los fieles á la Santísima Virgen, sino que, por el contrario, fué aumentándose cada vez mas hasta el punto de comprometerse la Ciudad, mediante un solemne voto, á guardar su fiesta con grande esplendor y pompa, podrémos deducir sin grande esfuerzo, que aquellos afortunados moradores debieron experimentar sin duda, como públicamente lo confesaran en aquella célebre acta, los repetidos efectos del poderoso patrocinio de María.

El valle de Arrastaria tiene igualmente elegida á la Santísima Virgen de la Antigua por su Patrona y Abogada, desde tiempo inmemorial; y dedicado asimismo un voto solemne *para rendirla cultos y presentarse á sus plantas* (son palabras textuales del acta original) el dia 9 de Mayo de cada un año, con fiesta de ambos preceptos, y oferta de romería y peregrinacion, con procesiones públicas de todos los lugares de su comprension, para pedir á María el remedio en sus necesidades.

Es tambien un elocuentísimo testimonio del acendrado amor que los Orduñeses han profesado siempre á su Excelsa Patrona el atrevido proyecto que concibieron y realizaron á mediados del Siglo XVIII de erigir el magnifico Santuario dedicado á la Santísima Virgen; el cual por su elegancia, suntuosidad y buen

gusto es la admiracion de cuantos le visitan. Y decimos *atrevido*, porque no contaban absolutamente con recursos de ningun género para llevar á cabo su piadosa empresa, á la cual, no obstante, se dió gloriosa cima con solas las limosnas y donativos que espontáneamente presentaron los fieles. A su generosa liberalidad se deben tambien los vasos sagrados, las preciosas alhajas, los magníficos ornamentos y decoraciones todas de aquel hermoso templo; siendo de notar que concurrieron á erigirle con sus trabajos personales cuantos podian ofrecer gratuitamente sus servicios en las diferentes artes, industrias ó profesiones que ejercian. No puede fijarse con toda exactitud el coste total de la obra, ni tampoco determinarse el año en que se asentó la primera piedra de aquel insigne monumento de la piedad cristiana. Consta, sin embargo, que en 30 de Setiembre de 1755 formó el maestro D. Antonio de Vega un presupuesto por valor de Ron. 149,180 *para la conclusion de la Iglesia Nueva*, al que se añadieron después otras partidas, sumando en junto 160,660 rs. Mas tarde el arquitecto principal director de las obras, D. Juan Bautista de Ibarra, calculó veinte mil ducados, ó sean 220,000 rs. para poderlas terminar del todo. Este maestro quiso hacer dos espadañas laterales, por pedirlo así la planta del edificio; pero acaso la esca-

sez de fondos le determinó á levantar la única que hoy tiene; falta que desgraciadamente se echa de ver con solo mirar á la fachada (1).

Nótase en esta un no sé qué de grave y de severo, que contrasta admirablemente con la risueña perspectiva que presenta el valle visto desde aquella colina pintoresca. Compónese de tres cuerpos: en el primero se levantan, poco esbeltos á la verdad, tres arcos bajos de medio punto con pilastras entregadas, que no pueden referirse con propiedad á ningun órden de arquitectura, sobre pedestales de molduras en que se nota bastante pesadez. Estos arcos forman el majestuoso pórtico de planta rectangular que da paso á la Iglesia. Sobre el del centro hay una graciosa ventana circular que da luz al coro, encima de la cual campa un bonito escudo de piedra, perfectamente detallado, con las armas de la Ciudad (2). Sobre las pilastras de este primer cuerpo carga una cornisa mutilada; terminando la fachada con una

(1) Todos estos pormenores se han tomado de varios documentos que obran en el archivo, el cual se dignó franquearme con suma amabilidad el Ilustre Ayuntamiento de Orduña. Séame permitido consignar aquí, en justo agradecimiento á su obsequiosa deferencia, los nombres de los individuos que actualmente componen aquella Corporacion. Sr. D. Cristobal de Urcelay, Teniente Coronel, primer Comandante de Infanteria, retirado, Alcalde Presidente.—Sr. D. Benito de Echeguren, Síndico Procurador general.—Sr. D. Galo de Gorostiza, Licenciado en Farmacia, Regidor 1.º—Sr. D. José Elexalde, id. 2.º—Sr. D. Vicente de Arzá, id. 3.º—Sr. D. Gregorio de Equiluz, id. 4.º—Sr. D. Emeterio de Zugazaga, Secretario.

(2) Estas armas son un castillo con un leon y una cruz, y el siguiente lema: *Si oportuerit mori tecum, non te negabo.*

espadaña de dos cuerpos, de construcción mas moderna, y correspondientes al órden dórico, en el primero de los cuales hay dos vanos de arcos esféricos, y en el segundo uno coronado de un frontispicio circular (1).

El templo tiene 105 piés de longitud desde la puerta principal hasta el Presbiterio, por 70 de latitud en el crucero y 36 en la nave. Su planta forma una cruz latina, y está graciosamente decorado con pilastras vaciadas y cornisa mutilada. Corona el crucero una cúpula esférica, cerrada sobre los cuatro arcos torales, adornando las bóvedas del cañon, crucero y capilla mayor con molduras en recuadros y formas circulares. El retablo mayor es de lo mas suntuoso que en su género puede apetecerse, y del gusto mas exquisito. Pertenece al órden corintio, y todo él, inclusa la mesa del altar, se compone de hermosos y variados jaspes, extraídos de las famosas canteras de Loyola, Vitorica y Poza. Su diseño fué aprobado por la Real Academia de S. Fernando (2). Fórmale un airoso y elegante intercolumnio que descansa sobre un magnífico pedestal, y abraza las dos hermosísimas colum-

(1) La espadaña mide 70 piés de altura desde el suelo hasta el arranque de la veleta: el frontispicio tiene 45 piés de latitud.

(2) En 13 de Noviembre de 1789 pidió de Real órden el Conde de Floridablanca que se remitiesen para su aprobacion ó correccion á la Academia de S. Fernando los diseños del retablo, con testimonio de la contrata, y noticia de los fondos recaudados á este fin; mandando suspender las obras entretanto.

nas de 20 piés de longitud, construidas de una sola pieza. En el intercolumnio hay un esbelto arco que forma el trono de la Imágen, abierto comunicado con el camarín, exornado de una jamba no interrumpida, sin imposta, y de preciosa talla dorada, perteneciente á la mejor época (1). Campa á la parte exterior una lindísima gola, picada, rebajada y movida con suma gracia y delicadeza; y en el interior un precioso junquillo perfectamente baqueteado. En la faja, espacio entre estas dos molduras, llama particularmente la atención un inimitable arabesco, de lo mas gracioso y mejor acabado que pudiera desearse en su clase. Los capiteles son del mismo gusto, tallados con tal perfeccion y detenimiento, que se goza sin esfuerzo alguno de toda la blandura y suavidad de su picado, no obstante la notable elevacion á que se encuentran. Es de sentir que le falten á la cornisa los modillones del orden correspondiente, que serian de muy buen efecto, y harian resaltar doblemente los jaspes bajo el relieve de la corona. Compónese el remate de un círculo vaciado, sobre el cual resalta un elegante medallón de medio relieve, sostenido por dos graciosos querubines, representando la aparicion del Arcángel S. Miguel; esto es, un gallardo jóven armado

(1) Toda esta linda obra se ejecutó en Madrid, aunque se ignora el nombre del artista.

de celada, en actitud triunfante, y un Obispo prosternado ante el celestial guerrero, con los brazos abiertos, absorto de admiracion. En lontananza se descubre un grupo de árboles, y de la otra parte una florida montaña (1). La imagen de la Virgen, á quien está dedicado aquel altar magnífico, se halla colocada sobre una bonita peana formada del ramaje de un moral frondoso, que recuerda por tradicion inmemorial su aparicion milagrosa en el cerro mismo donde se erigió el Santuario.

En el crucero hay dos retablos mas sencillos, pertenecientes al orden compuesto, si bien llegan á entreverse en ambos ciertos rasgos de semejanza con el principal. En el de la derecha llama la atencion un precioso crucifijo de marfil: en el de la izquierda hay un mediano cuadro que representa el martirio de S. Blas con tres inocentes niños.

Cubre el camarín una media naranja; y á sus lados hay dos bastante capaces sacristias que se comunican por él, cubiertas de bóbe-

(1) No se tiene noticia de qué en el Santuario primitivo hubiese estatua ni pintura dedicada al Arcángel S. Miguel, ni de que se le tributase culto *especial* en determinado día, como Patrono ó Titular del pueblo. Se hace por lo tanto muy verosímil que el autor del retablo, teniendo presente sin duda la feliz coincidencia de la Aparicion del Arcángel, Principe de la milicia celestial, el 8 de Mayo, día en que celebra la Ciudad de Orduña la Aparicion de la Reina de los Angeles en aquella colina, según la tradicion constante y uniforme de toda la comarca, quiso coronar su obra con la representacion del misterio que precisamente en aquel día mismo, celebra nuestra Madre la Iglesia.

das de albañilería por el mismo estilo que los cañones de la Iglesia.

El presbiterio, cuyo pavimento es de escogida piedra de Génova, tiene 16 piés de longitud por 36 de latitud, y está cerrado con elegantes verjas de hierro entre pilastras de hermosísimo jaspe, rematadas con preciosos jarrones de plata para el alumbrado. Sobre las puertas laterales que dan paso á las sacristías hay dos pequeños cuadros de muy notable mérito, los cuales son obra, al parecer, del español Maella: el uno representa á María Santísima con el niño Jesus, y el otro al Patriarca S. José. El resto del templo se halla igualmente decorado con estátuas y pinturas de diferentes épocas y gustos.

Por una de las Ordenanzas de la Ciudad, Patrona del Santuario, hay en él un Capellan con residencia fija, el cual en todo tiempo debe hallarsé habilitado y con las licencias necesarias para confesar personas de ambos sexos; circunstancia de incalculable utilidad para los numerosos peregrinos que visitan esta Santa Casa, donde en cualquiera dia, y á cualquiera hora, encuentran siempre un confesor extraordinario con quien desahogar su corazón, recobrando la tranquilidad perdida. Es incumbencia de aquel recibir las limosnas y donativos que espontáneamente ofrecen los devotos para la conservacion de la fábrica y soste-

nimiento del culto. Le está igualmente encomendada por el Sr. Obispo la colecturía de las Misas que en este templo se celebran, debiendo quedar anotadas con especificacion puntual del nombre y apellido de los fieles que las encargan, y del estipendio respectivo de cada una (1).

He hablado arriba de la grandísima devocion que Orduña y la comarca toda profesan á este célebre Santuario, y de su entrañable amor á la Santísima Virgen que en el mismo se venera. Pero no terminaré mi reseña sin dejar consignado, que esta piedad y devocion no se limitan á los naturales del país, sino que se extienden á larguísimas distancias. Cuantos se hayan detenido en Orduña un corto tiempo habrán tenido ocasiones de observar las frecuentes romerías y piadosas peregrinaciones que de diferentes puntos, y por toda clase de personas, se hacen á este venerable asilo de las almas atribuladas y afligidas. No es raro encontrar en él personajes de las primeras categorías, sugetos de distincion y rango, hombres eminentes por su ilustracion y saber, abstraídos del mundano bullicio, y abismados en la contemplacion de las verdades eternas. ¡A cuántos hemos visto

(1) Sirve en la actualidad este destino el Presbítero, Licenciado D. Manuel María de Guzmán, á cuya reconocida ilustracion y celo debe mucho el buen orden que reina en todo lo concerniente al decoro y dignidad de aquella Santa Casa.

llegar de rodillas desde el vestibulo al presbiterio, penetrados del respeto mas profundo y de la fé mas viva y ardiente! á cuántos acercarse á los santos umbrales del templo con los piés desnudos! á cuántos otros, de diferentes clases, sexos y condiciones, se ve diariamente caminar toda una jornada en esta actitud humilde, y consagrarse á otros ejercicios de mortificacion y penitencia para hacerse mas dignos del patrocinio de María! ¡Felices, concluiré con el piadoso Chateaubriand, mil veces felices los que creen! No pueden sonreirse, sin contar con una perpétua alegría; ni pueden llorar, sin pensar que van á agotarse sus lágrimas. Nunca se pierden estas: la Religion las deposita en su urna, y las presenta al Eterno Padre (1).

(1) Chateaubriand: *Genio del Cristianismo*.



llegar de rodillas desde el vestibulo al presbi-
 terio, penetrados del respeto mas profundo y
 de la fe mas viva y ardiente; á cantos, acor-
 cense á los santos misticos del templo con los
 pies desahucados á cantos otros, de diferentes
 clases, sexes y condiciones; se ve diariamente
 caminar toda una jornada en esta actitud ho-
 milde, y consagrarse á otros ejercicios de mo-
 rtiñacion y penitencia para hacerse mas dignos
 del patrocinio de Maria; Felices, concluire con
 el pidozo (Gebetbuch), allí veces felices los
 que creen. No pueden sonreirse, sin contar
 con una perpetua lagrima; ni pueden llorar, sin
 pensar que van á regarse sus lagrimas. Nunca
 se pierden estas la Religion las doncellas en su
 urna, y las presenla al Eterno Padre (P.) de.



RECUERDOS.

I.

Orduña.

Si traspasamos la raya
 Que, de Castilla la Vieja
 Ya en el confin, empareja
 Con el umbral de Vizcaya,
 Cierra el paso, por delante,
 De Santiago el monte umbroso,
 Tan quebrado, tan fragoso,
 Que suspende al caminante.
 Y á Berberana dejando
 (Ya en su raíz) á la espalda,
 Por la agreste y ruda falda
 Se le va luego escalando.
 Por grados desaparece
 La frescura y lozanía
 Del fértil Valdegovia,
 Que aquel contorno embellece;

Y en la pendiente tortuosa,
 Tras de la inculca maleza,
 Su rico verdor empieza
 Tambien á ocultarnos Losa.

Alli no habita el parlero,
 Colorin madrugador,
 Ni del tierno ruiseñor
 Se oye el canto lastimero.

Solo se escuchan los roncós
 Gritos del grajo en las quiebras,
 Y el silbar de las culebras
 Entre los ásperos troncos.

Solo el carnívoro buitre
 Mora allí de sangre ansioso,
 Rondando el peñón mohoso
 Que le da lecho y salitre.

Y en tristísimo aislamiento
 Llega á verse quien arriba
 Junto á la selva, que esquivá
 Las luces del firmamento.

Pues tal vez las pardas nieblas
 Que en el contorno se cuajan
 De pronto el paso le atajan,
 Quedando el cielo en tinieblas.

El viajero sorprendido,
 Cuando á la cumbre adelanta,
 Casi huella con su planta
 De las águilas el nido.

Pero tras esa cadena
 De breñas y peñascales,

Cuyos picos desiguales
 Ningun geólogo ordena,
 Se despliega de improviso,
 Doblando el cerro salvaje,
 Rico y ameno un paisaje
 Retrato del paraíso.
 Dilátase el horizonte,
 Y una brisa regalada
 Sube del llano, cargada
 De aromas que lleva al monte
 De altivas cumbres murado,
 Campa el valle delicioso
 Cual un jardín misterioso
 De los hombres ignorado.
 Con el eden primitivo
 Confundirse le podría,
 Cuando señales no habría
 Del trabajo y del cultivo.
 Todo el ámbito guarnece
 Ruda, imponente, severa,
 Una inmensa cordillera
 Que al cielo escalar parece.
 Cuando la diaria neblina
 De risco en risco saltando,
 Va sus crestas festonando
 De una gasa blanquecina,
 Diríase que á velar
 Por la suerte de Vizeaya
 Sube á la erguida atalaya
 Fausto númen tutelar;

Porque el fecundo vapor,
 Del radiante sol herido,
 Desciende al campo afligido,
 Cual rocío bienhechor.

Y la tierna vid prospera,
 La dorada espiga crece,
 Y el frutal se robustece
 Bajo la herbosa ladera.

En esta esplanada umbría
 Descuella en la actualidad
 Una pequeña ciudad,
 Grande y potente algún día.

Orduña por nombre lleva:
 Nombre de sábia elección,
 Que su hermosa situación
 En dialecto vasco prueba.

Y aunque rastro apenas ya
 Quede alguno de su gloria,
 Su pasado, su memoria,
 Perenne allí vivirá.

Porque en sus verdes colinas,
 Y entre las hileras dobles
 De sus seculares robles
 Y gigantescas encinas,

Como nobles, como buenos
 Sus bravos hijos lidiaron,
 Y con sus cuerpos cerraron
 El paso á los Agarenos.

Que fué peculiar fortuna
 De tan ínclitos varones

El humillar los pendones
De la altiva media-luna.

Cada tronco, cada risco
De aquel peñon invencible,
Guarda un recuerdo terrible
Para el fiero Berberisco.

Tal vez se encuentra musgosa
Por el confin una piedra
Bajo la red que la hiedra
Suele tejer caprichosa;

Y en misterioso lenguaje
Declara el combate rudo
De que fué testigo mudo
Todo aquel bello paisaje.

Tal vez el tiempo borró
Con su destructora mano
La solucion de un arcano
Que acaso se la fió;

Tal vez antigua escritura
Cifras grabó de conquista
Donde hoy registrar la vista
Solo puede una hendidura;

Que tambien hay una tumba
Para la gloria del mundo,
Y del tiempo en el profundo
Piélago al fin se derrumba.

Casas ilustres se ven,
De su esplendor resto leve,
Terror del bárbaro aleve,
Y de su patria sosten.

Mas ay! que sus moradores,
 Breves dueños, ya pasaron,
 Y á la grupa se llevaron
 Timbres, hazañas y honores.

Sombras de Alfonso y Violante,
 Cuando á Orduña enaltecisteis,
 ¿Prever acaso pudisteis
 Su decadencia humillante?

Cuando al de Ayala cedias,
 Claro Enrique, el señorío,
 ¿Recelabas ya el desvío
 Que la affige en nuestros días?

Y tú, prudente Fernando,
 Y tú, cristiana Isabel,
 ¿Veiais el sino cruel
 Que sobre ella está pesando?

¿Sospechaste que de aquí
 Te arrancára una sentencia
 Los tesoros de la ciencia,
 Munífico Urdanegui?

De Cantábria para gloria
 Cuando erigiste á Minerva
 Ese alcázar, que aun conserva
 Tu nombre en grata memoria,

¿Cruzó acaso por tu mente
 La idea de que su techo
 Cobijara un dia el lecho
 De la humanidad doliente?

¿Orduña! Orduña! el rigor
 Del tiempo hundió los blasones

De los nobles infanzones
 Que te dieran esplendor;
 Pero aunque acaso te asombres,
 Pobre pueblo infortunado,
 Mas que el tiempo, te ha humillado
 La injusticia de los hombres.

¿Dó están los Díaz y Pimienta?
 Los Velascos ¿qué se hicieron?
 ¿Dónde las glorias se fueron
 De que la historia da cuenta?

¿Quién recuerda al grande Herran,
 Mártir del indio salvaje?
 De aquel preclaro linaje
 Los autores dónde están?

¿Y los Barbeci y Mendiola?
 ¿Y los Zárate y Bretones,
 Calificados varones,
 Prez de la mitra española?

¿Quién ya menciona al leal
 Vidaure, á quien sonreía
 La juguetona Talía
 Con aplauso general?

¿De qué privilegios goza
 Por fruto de su desvelo
 En ese olvidado suelo
 La memoria del gran Poza?....

¡Pasó también con fugaz
 Rápido vuelo su vida,
 Y hasta sus nombres olvida
 La ingrata posteridad!....

Ciencia, heroísmo, virtud....!

Oh! desengaño cruel!

Ni siquiera hay un laurel

Que dé sombra á su ataud!

Ni una cifra que le indique,

Ni un sencillo *eternum vale*....!

Ni una cruz que le señale

Y á la vez le santifique!....!

Si de la tumba se alzaran,

Y el nativo suelo vieran,

Ni por suyo le tuvieran,

Ni su cuna en él halláran;

Que un incendio y otro incendio

Calcinó el ilustre muro,

Robando al pueblo futuro

De sus glorias el compendio.

Pero aunque en el polvo hundidos

Yacen palacios suntuosos,

Aun hay recuerdos preciosos

Por acá y allá esparcidos.

Y no es difícil que pueda

Quien quiera estudiarla, ver

Cuánto Orduña debió ser

Por lo poco que la queda.

Mas si no hay tan firme valla

Que detenga al tiempo que huye,

Si con su soplo derruye

La mas altiva muralla;

Si con su mano de hierro

Pulveriza cuanto toca,

Quebranta la dura roca,
 Sepulta el gigante cerro;
 Si devora cuanto ve,
 Si amenaza en fiero alarde,
 No dejar, temprano ó tarde,
 Ni aun rastro de lo que fué;
 Si en esto lleva la palma,
 Si en esto no halla rivales....
 No alcanza triunfos iguales
 De los afectos del alma.

Que si una vez se entronizan
 En el santuario del pecho,
 De su rigor á despecho,
 Vivos en él se eternizan.

Por eso su saña impía
 No pudo en esta ciudad
 Borrar la ardiente piedad
 Que tuvo siempre á MARÍA.

Esa cruz, y ese leon,
 Y ese lema de su escudo,
 Dicen bien, que el tiempo rudo
 No amengua su religion.

La herencia de sus abuelos,
 Desde siglos muy remotos,
 Guardan los hijos, devotos
 De la Reina de los Cielos.

Bien claramente atestigua
 Su culto tradicional
 Ese nombre proverbial
 De la Virgen de la Antigua.

Y si el pueblo primitivo
 La consagró un amor tierno,
 No es en el pueblo moderno
 Ese amor hoy menos vivo.
 Pues la llama en su afliccion,
 Y la invoca en sus pesares,
 Y la venera en sus lares,
 Y adora en su corazon.

II.

La Antigua.

En el confin de un paseo
 Que se extiende á la salida
 Como á mil cincuenta pasos
 De la ciudad ya descrita;
 Dando vista al occidente,
 Sobre una verde colina
 Se levanta el majestuoso
 Templo que llaman *La Antigua*;
 Nombre augusto y venerando
 Que la casa de MARÍA
 Conserva en grato recuerdo
 De la ciudad primitiva.
 Cuando los primeros rayos
 Del sol naciente iluminan
 Los simétricos remates
 De su parda torrecilla;
 O cuando en noche apacible
 Su luz pálida y tranquila

Derrama la blanca luna
 Por pilares y cornisas;
 Tomando el cielo por fondo
 La solitaria basílica,
 Parece a un centinela
 Que por la ciudad vigila.

Pintoresco panorama
 Goza encantada la vista
 Desde el pórtico suntuoso
 Que el lindo valle domina.

Montañas que en todo tiempo
 Rico follaje tapiza,
 Desplegan su verde manto
 Desde la falda á la cima.

Praderas, floridos huertos,
 Pingües tierras labrantías,
 Grupos de árboles frondosos
 Por do quiera se divisan.

Aquí las doradas mieses,
 Allí las lozanas viñas,
 Allá la esbelta borona
 Que se mece con la brisa.

Y mezclando sus colores
 Y su variedad de tintas,
 Lucen mas con el contraste
 Las galas de la campiña.

De las quebras de los montes
 Brotan fuentes cristalinas,
 Que sostienen de aquel valle
 La frescura y lozanía.

Por el centro de la vega
 Raudo el Nervion se desliza,
 Llevando en tortuoso giro
 A huertas y campos vida.

Cuando se quiebran los rayos
 Del sol en sus aguas limpias,
 Cual ceñidor refulgente
 Que el céfiro mueve, oscila.

Y en gracioso maridaje
 Mutuamente se acarician
 Las arómicas flores
 Que festonan sus orillas.

Aquí el sándalo y cantueso,
 La silvestre clavellina,
 Y el hinojo que la lengua
 Cabellera siempre riza.

Allí el arrayan humilde,
 Y la verde siempreviva,
 Y los pálidos jazmines,
 Y la esbelta campanilla;

Y el tomillo, y los laureles,
 Y otras cien plantas distintas,
 Que confunden sus aromas
 En misteriosa armonía.

Descúbrese en lontananza
 Por acá y allá esparcidas
 Entre hileras de frutales
 Varias aldeas vecinas.

Y cien blancos caseríos
 Con su techumbre rojiza

Se destacan escoltados
 De nogales ó de encinas.
 Aquí un verjel delicioso,
 Allí una gruta sombría
 Con suave frescura al rudo
 Pastor de la sierra brindan;
 Que al ronco canto se aduerme
 De la tórtola sencilla,
 Que entre el espeso ramaje
 Del árbol coposo anida.
 Diríase cuando en torno
 Se deja vagar la vista,
 Que embellecen los confines
 Ceres y Flora á porfia.
 Tal es el mágico cuadro
 Que el observador registra
 Desde el umbral misterioso
 De la Casa de MARÍA.

III.

Preparativos.

Aniversario sin duda
 Fausto y de grande importancia
 Recuerda el siete de Mayo
 La Capital de Vizcaya.
 Refléjase en los semblantes
 La expresion extraordinaria
 Del gozo interior, que apenas
 Reprimir pueden las almas.

Ya del sol al meridiano
 La carroza se adelanta,
 Desvaneciéndose á su influjo
 Las nieblas de las montañas.

En los pórticos y hastiales
 Y en el átrio de la Aduana
 Se ven, contra su costumbre,
 Las gentes hoy apiñadas.

Por su impaciente alegría
 Sin esfuerzo se presagia
 Que algún próspero suceso
 Por momentos allí aguardan.

Buscan en tanto sus ojos
 Con avidez la espadaña,
 Donde la esfera luciente
 Del reloj del pueblo campa.

¿Qué habrá? ¿por qué van siguiendo
 Con sus inquietas miradas
 El curso del lento horario
 Que el tiempo huido señala?

Mas ya la rotante aguja
 Sube al alto, acompañada
 De la saeta envidiosa
 Que en tantos viajes la pasa.

Ya en vibración argentina
 El metal cóncavo marca
 Con su misteriosa lengua
 Doce notas compasadas.....

Y el pueblo entonces se agolpa
 Sin mas treguas á la plaza,

Y el mal reprimido gozo
 Con toda su fuerza estalla.

Prorumpen en fervientes gritos
 Que el entusiasmo le arranca,
 Victoreando á su Patrona,
 Gloria de aquella comarca.

Confúndese con sus ecos
 El clamor de las campanas,
 Que á su modo de MARÍA
 Publican las alabanzas.

Y mil bulliciosos cohetes
 Que el alto cenit escalan,
 Con rápido vuelo parten
 De balcones y ventanas.

El hábil tamborilero
 Deja oír, de casa en casa,
 De su delicado silbo
 Las modulaciones várias.

Y los marciales sonidos
 De una música que abanza
 Vienen á dar á la escena
 Nueva vida y nueva mágia.

Ya se oyen de la corneta
 Las querellas moduladas,
 Los lamentos del clarín,
 Los suspiros de la flauta.

Y al fiel compás de los himnos,
 Variaciones y sonatas
 Que en obsequio de la Virgen
 La lucida orquesta ensaya,

Con infantil regocijo
 Por las calles, á bandadas,
 Todos los niños del pueblo
 Bullen, corren, gritan, saltan.

Y la suspirada tarde
 Así enagenados pasan,
 Libre de afanes el pecho,
 Libre de penas el alma.

Pero ya el astro del día
 Se oculta tras las montañas,
 Entre celajes de púrpura,
 Entre nubes de oro y nácar.

Ya el fatigado colono
 Da la vuelta á su cabaña,
 Melancólico siguiendo
 Del tardo buey las pisadas.

Ya el ángel de la oracion
 Agita sus blancas alas,
 Llevándose hácia el Empireo
 La vespertina plegaria.

Ya busca el ave su nido,
 Ya la flor entre la grama
 Reclina el flexible tallo,
 Que mece el soplo del aura.

Ya de Endimion al Oriente
 La esposa sensible y casta
 Se asoma, velado el rostro
 Con ricos tules de plata.

Ya, en fin, la celeste esfera
 Se deja ver recamada

De topacios y rubies
Que el azul pabellon cuajan.

Y la pacifica Orduña
Nuevamente se entusiasma,
Y nuevamente se agita,
Y nuevamente se exalta.

Preludio del movimiento,
Las vocingleras campanas
Van convocando las gentes
A la nocturna velada.

Y corriendo por las calles
Con estruendosa algazara,
Por el mas breve camino
Se dirigen á la plaza.

Tradicionales hogueras
De trecho en trecho preparan,
Siguiendo de sus mayores
La antigua sencilla usanza.

Y á los móviles reflejos
De las ondulantes llamas,
Con libertad inocente
Improvisan una danza.

Con púdico desenfado
Las Orduñesas zagalas
Lucen allí sus hechizos
Y sus naturales gracias.

Trenzado el Juengo cabello
Caé gracioso por la espalda,
Cabello que envidiarían
Mil altivas cortesanas.

Y en sus mejillas de rosa,
 Y en su frente nacarada,
 La salud y la alegría
 Juntamente se retratan.

A su turno los mancebos
 Dejan ver con gentil gala
 Su agilidad y destreza
 Ya en compases, ya en mudanzas.

Y en aquel festivo grupo
 Ninguno audaz se propasa,
 Que está en proverbio el decoro
 De la juventud vizcaina.

Cual meteoros lucientes
 En la oscuridad resaltan
 Lindos vasos de colores
 Que improvisan las fachadas.

Y en mil caprichosos juegos,
 Y combinaciones várias,
 Tiernos lemas á la Virgen,
 Radiantes de luz, consagran.

Variados cohetes las nubes
 Por segunda vez escalan,
 Que en bello desórden parten,
 Corren, vuelan, suben, bajan.

Ora distintos senderos
 Cortando el espacio marcan,
 Ora en su curso se encuentran,
 Y se estorban y embarazan.

Y el pueblo absorto examina,
 Mirando al cielo con ansia,

Los surcos que deja el fuego
Detrás de la frágil caña.

En su sencillez, ¡cuál goza,
Cuando con la vista abarca
De la artificiosa rueda
Las evoluciones raras!

Pero cuando de la Virgen,
Tras una explosión extraña,
Sobre un foco luminoso
La bella cifra resalta;

Entonces su regocijo
No cabe dentro del alma,
Y en vitores á MARÍA
Su gozo interior exhala.

Mézclanse allí con sus ecos
De una acorde serenata
Las dulces modulaciones
Que los oídos regalan.

Y todo es confuso ruido,
Y animación y algazara,
Grita, bullicio, y estruendo,
Que agobia, marea, y cansa.

Mas ved aquí que de pronto
A recogerse los llama
Con su severo lenguaje
Una solemne campana.....

Y los balcones se cierran,
Y las hogueras se apagan,
Y las gentes se retiran,
Y todo se queda en calma.

Que no en vano de prudente,
De pacífica y sensata,
Llevó fama en todo tiempo
La Capital de Vizcaya.

IV.

El ocho de Mayo.

Ya de Febo el carro ardiente
Se anuncia por el Oriente,
Y las balsámicas flores
Levantán su mustia frente
Con los tibios resplandores.

Ya suspira en la enramada
El jilguerillo celoso
Junto al lecho de su amada,
Con música no estudiada,
Con acento melodioso.

Ya el pastor de la montaña
Deja la humilde cabaña,
Y emprende el diario camino;
Ya el blanco cisne se baña
En el lago cristalino.

Ya vuelve en fin á la vida
La tierra antes enlutada
Y en tinieblas sumergida,
Como de nuevo formada,
Como del caos salida.

Y la solemne campana
Que anuncia cada mañana

La aurora del nuevo día,
 Hoy festeja con su hermana
 Y en son acorde á MARÍA.

La hidalga ciudad en breve
 La ociosa pluma abandona,
 Y en torno se agita y mueve,
 Que el nuevo día se debe
 Todo entero á su Patrona.

El paseo del Poniente
 Cuájase al punto de gente,
 Que en piadosa caravana
 Va á saludar diligente
 A su Reina y Soberana.

Tal vez la tierna doncella
 (Velada con un sudario
 La faz pudorosa y bella)
 Con sus piés desnudos huella
 La subida del Santuario:

Que no está lejos el día
 Cuando exánime oprimia
 Del dolor el triste lecho,
 Y hoy paga humilde á MARÍA
 Un santo voto que ha hecho.

Tal vez penetra en la Ermita
 La enlutada huerfanita
 Que otra Madre hallar espera,
 Y en el altar deposita
 Pobre don de blanca cera.

Tal vez guirnaldas graciosas
 La zagala campesina

Teje de mirto y de rosas,
 Cogiendo las mas hermosas
 De la floresta vecina;

Y trepando por la senda
 Que de su pobre vivienda
 Del templo hasta el átrio guia,
 Llega, y la rústica ofrenda
 Pone á los piés de MARIA.

Cual suele de un colmenar
 El ejército afanoso
 De las abejas rondar
 El confin del olivar
 O del prado delicioso;

Y por el campo florido
 Vienen, van, cruzan, se encuentran,
 Tornan al lecho querido,
 Y con ruidoso zumbido
 Unas salen y otras entran:

O cual de castas palomas
 Una bandada inocente
 Se encariña de las lomas
 Con el salitre y aromas
 O raudales de la fuente;

Y ningun ruido la espanta,
 Ni el cansancio la quebranta,
 Ni el enemigo la acosa,
 Y de nuevo se levanta,
 Y de nuevo allí se posa;

Así el umbral generoso
 Traspone del templo santo

Con afán tierno y piadoso,
 Todo un pueblo que anheloso
 Busca allí su dulce encanto.

Y á su Patrona saluda
 Cien veces, cien, con fé rara
 Que nunca turbó la duda,
 Y su proteccion y ayuda
 Pío invoca al pié del ara.

Y entra, y sale, y vuelve á entrar,
 Y no se cansa de orar,
 Aunque cien veces lo hizo,
 Porque le arrastra al altar
 No sé qué inefable hechizo.

Mas ya el metal agitado
 Anuncia desde la torre
 El momento suspirado,
 Y por el cerro sagrado
 La multitud trepa y corre.

Ya de la hidalga ciudad
 Descúbrense á la salida
 Una tras otra hermandad,
 Que abanzan con majestad
 Y pompa desconocida.

Ya de los altos pendones
 Con suaves ondulaciones
 El aura la seda agita,
 Ya sus augustos portones
 Franquea la Santa Ermita.

Ya del Clero precedido,
 Con pausado movimiento,

Marcha grave y circuido
 De un aparato lucido
 El Ilustre Ayuntamiento.

Ya se acerca al frontispicio,
 Do la multitud se agrupa;
 Ya traspone el sacro quicio,
 Y el lugar mas digno ocupa,
 Y empieza el Divino oficio.

Ya luce mística llama,
 Ya ondulando al Cielo sube
 El incienso que se inflama,
 Y el santo templo embalsama
 Una aromática nube.

Brilla el altar mas que el oro
 Al fulgor de cien blandones,
 Y del órgano sonoro
 Brotan dulces vibraciones
 Que se despeñan del coro.

En la magnífica fiesta
 Toma gran parte una orquesta
 Sábiamente dirigida,
 De gratas voces compuesta,
 De blandos ecos henchida.

Y el corazon se enternece,
 Y el sentido se adormece,
 Y el alma allí se extasia
 Ante un conjunto que ofrece
 Tal raudal de poesía.

La grey sencilla atesora
 Piadoso recogimiento;

Medita en silencio y ora,
 Y el favor divino implora
 En el Sacrificio incruento.

¡Vedla en la augusta Capilla,
 Cómo enclavada en el suelo,
 La dócil cerviz humilla
 Ante el Rey del alto Cielo
 Y la Virgen sin mancilla!

No hay un solo indiferente
 En aquel pueblo creyente,
 Digno de días mejores,
 Que lleva escrita en la frente
 La piedad de sus mayores.

¡Cuánto su afecto se inflama,
 Cuál de su amor alestigua
 La nunca extinguida llama,
 Cuando el Orador proclama
 Los prodigios de la *Antigua!*

¡Con qué inefable emoción,
 Con qué tierna simpatía,
 Con qué especial devoción
 Acoge su corazón
 Los elogios de *MARÍA!*

El santo lugar en breve
 Tan en silencio se queda,
 Que hasta se oye el ruido leve
 De la hoja que se mueve
 Por la próxima alameda.

Ya su cátedra abandona
 El fatigado Orador

Que al auditorio ilusiona,
 Y un solemne Credo entona
 El Ungido del Señor,
 Y con dulce melodía
 De que no hay copia, ni ejemplo,
 Ni idea en mundana orfía,
 Otra vez inunda el templo
 Un torrente de armonía.

Y con los místicos sonés,
 Y el aroma del incienso,
 Y el fulgor de los blandones,
 Mézclanse de un pueblo inmenso
 Las sentidas oraciones.

¡Cuánto la fé campa y brilla
 Cuando con su eco parlero
 La agitada campanilla
 Manda doblar la rodilla,
 Y anuncia al manso Cordero!

El efecto sorprendente
 De un conjunto tan sin par
 Se concibe, palpa y siente,
 Tal vez le abarca la mente...
 Mas no se puede expresar.

Ya la Víctima Sagrada
 Es holocausto propicio
 Que al Eterno Padre agrada,
 Y con pompa inusitada
 Se consume el Sacrificio.

Ya con cristiana emoción
 Todos la frente inclinando,

Sin una sola excepcion,
 Reciben la bendicion
 Del Ministro venerando.

Y cual de antigua colmena
 Sale tal vez nueva cria
 Que el cercano otero llena,
 Y por la floresta amena
 Corre siguiendo á su guia;

Y en el vástago se cuaja
 Del árbol dó se aposenta,
 Y con su peso le baja,
 Y le rinde y le desgaja
 Con la carga que sustenta:

O cual de aves emigrantes,
 Cuando caminan errantes,
 Cubre la inmensa cuadrilla
 Los peñascos culminantes
 Del mar á la inquieta orilla;

Y alzando el robusto vuelo
 Para buscar otra zona,
 Eclipsan la luz del cielo,
 Y hacen sombra al barquichuelo
 Que á los vientos se abandona;

Así el pórtico divino
 Un gentío inmenso llena;
 Cuájase el ancho camino,
 Y del paseo vecino
 No se ve la rubia arena.

Y en cordial fraternidad
 Impacientes y ligeros

Dan la vuelta á la ciudad
 Que amable hospitalidad
 Concede á los forasteros.

De la vispera renuevan
 Los juegos y diversiones,
 Y con su porte comprueban
 Que de hidalgos fama llevan
 Con razon sus corazones.

V.

El Valle de Arrastária.

¿No oís de cien campanas
 Los mágicos acentos
 Con súbita alegría
 Sonar allá á lo lejos?

¿No oís cuál por el valle
 Rodando van los ecos,
 Que en torno reproducen
 Los montes y linderos?

Venid, venid conmigo,
 Venid al sacro cerro
 Dó tiene su morada
 La Reina de los Cielos.

Subamos á la *Antigua*,
 Subamos, y aspiremos
 Las auras matinales
 Que brindan al paseo.

Desde ese promontorio
 Pacífico y ameno

Regístranse los campos
Y aldeas sin esfuerzo.

Tal vez claros indicios
Allí sorprenderemos,
Que expliquen la escondida
Razon de tal misterio.

Del sud vienen los sonos
En alas de los vientos....
Buscar del alborozo
La causa allí debemos....

En *Délica*, no hay duda,
Celebran el recuerdo
De alguna fausta nueva,
De algun feliz suceso.....

Mas cómo, ¿no es *Artómana*
Ese otro lindo pueblo,
Sombreado de perales,
Higueras y cerezos?

Tambien por su Parroquia
Sucede algo de nuevo;
Campanas y esquilonos
Rodando están á un tiempo....

A la siniestra mano
Mirad de aquel otero....
¿No es *Alória* esa aldea
Que está cerca de *Arbieto*?

Sus cóncavos metales
Tambien andan á vuelo,
Ruidosos precursores
Del júbilo y contento.

Mas ¿qué miro? *Tertanga*

Que está del lado opuesto,

¿No toma tambien parte

Como ella en el festejo?...*Ala*

¿Cuál puede ser la causa,

Decidme, ó el objeto

De tanto regocijo,

De tanto campaneó?...*En las*

El sol que hoy nos alumbra,

¡Sabedlo, sí, sabedlo!

De Mayo el mes florido

Se cuenta ya el noveno.

Y en este bello dia

Del mes mas lindo y bello,

Piadosas tradiciones

Recuerdan esos pueblos.

Comunes infortunios,

Allá en lejanos tiempos,

A toda esa comarca

Penaron y afligieron.

Negáronse las fuentes,

Los cauces y arroyuelos,

A dar á la campiña

La vida con el riego.

Cerró sus manantiales

El ancho firmamento,

Y las preñadas nubes

Buscaron otro cielo.

En vez de suaves brisas,

Reinó maligno viento,

Que huir hizo á Pomona
De su frondoso huerto.

Las nieblas se ausentaron,
Y al afligido suelo
No vino ya el rocío
A descender benéfico.

La demacrada espiga
Barrió con sus cabellos
El abrasado polvo
Del árido barbecho.

Secáronse las vides,
Los pájaros murieron,
Y el antes verde prado
Tornóse amarillento.

Dejó en fin ver el hambre
Su pálido esqueleto,
Seguida del contagio
Su digno compañero.

Y toda aquella zona,
Feliz en otro tiempo,
Fué solo campo estéril
Y vasto cementerio.

Entonces, de Arrastária
Los nobles hijos, viendo
Que Dios solo á su cuita
Poner puede remedio,

De luto llena el alma,
Y de congoja el pecho,
Sus tristes ojos vuelven
Al irritado Cielo.

Congréganse de pronto,
 Movidos de un afécto,
 Y oyendo á los ancianos
 Que asisten al Consejo,
 Solemnemente juran,
 Y voto hacen perpétuo
 De dar culto á MARÍA
 Postrados en su templo.

Y el dia en que le rinden,
 Fijado ya en su acuerdo,
 Miradlo, es el que hoy luce
 Tan plácido y sereno.

Cien veces ya las aves
 Sacaron sus polluelos
 En la vecina selva
 Despues de ese suceso:

Cien veces los arroyos
 Con vínculos de hielo
 Encadenó en su curso
 El aterido invierno.

Mas ellos, como hidalgos
 Por su raza y sus hechos,
 De antiguos beneficios
 Conservan el recuerdo.

Y hoy vienen á esta casa
 Solicitos cumpliendo
 La santa anual promesa
 Que sus padres hicieron....

Mirad, las procesiones
 Por esos cuatro extremos

Ya vienen avanzando
 Con pompa y lucimiento.

La enseña del cristiano,
 Del sol á los reflejos,
 Cual astro luminoso
 Fulgores va esparciendo.

Los sacros estandartes,
 ¿No véis de trecho en trecho,
 Cuán suavemente ondulan
 Al ósculo del céfiro?

En doble hilera llegan
 Los fieles, repitiendo
 Los místicos cantares
 Que niños aprendieron.

Ya estrechan las distancias,
 Y vanse reuniendo
 Tras esos emparrados
 Formando un solo cuerpo.

¡Qué escena tan sublime,
 Qué cuadro tan poético
 Se ofrece á nuestros ojos,
 Queridos compañeros!

¡El Sacerdote santo,
 Seguido de su pueblo,
 Rindiendo adoraciones
 En medio del desierto.

¿A quién? ay! á la Virgen,
 La hija del Excelso,
 Mas pura que la nieve
 Del cano Pirineo;

La tierra por alfombra,
 Por pabellon el cielo,
 Y por santuario el ara
 De su inflamado pecho....
 ;Huid de aquí, profanos,
 No empañe vuestro aliento
 De un grupo tan brillante
 Los fúlgidos destellos!

Buscad mundanos goces
 Allá en salones régios,
 Donde se arrastra el oro,
 La seda y terciopelo.

Deso que llamais *dicha*
 Buscad el gran secreto
 De báquicos festines
 Entre el ruidoso estruendo.

Y al habitante humilde
 Dejad de estos barbechos,
 Que lleve á otras regiones
 El generoso vuelo:

Feliz con sus creencias,
 Feliz con sus deseos,
 Feliz con la paz santa
 De su pajizo techo.....

Mas ya el verde collado
 Con pausa van subiendo,
 Ya en órden se aproximan
 Al pórtico del templo.

Y el júbilo inefable
 Que inunda ya su pecho

Vertiendo van los ojos
 Por no haber adentro.

Renuévanse los cánticos
 Perfumes y misterios
 Que vimos en la víspera
 Con plácido embeleso.

Ya en fin da al santo voto,
 Que hicieran sus abuelos,
 El valle de Arrastária
 Solemne cumplimiento.

Y humildes implorando
 La bendición del Cielo,
 Regresan á sus lares,
 Gozosos y contentos.

Orduña que dió pruebas
 De amable en todo tiempo,
 Con ese aire sencillo
 Que encanta al forastero,

Los lleva como en triunfo
 De la ciudad al término,
 Do sale á despedirlos
 Su Ilustre Ayuntamiento.

Renuévanse allí ofertas
 Que mil veces se han hecho;
 Y al emprender su marcha
 La procesion de nuevo,

Recíprocos abrazos
 Se dan con mútuo afecto;
 Que siempre fueron uno
 Los cinco hermanos pueblos.

TRADICIONES.

I.

Lisias y Dorilo, ó los dos pastores.

Sobre el rollizo

Tronco de un árbol

Gentil mancebo

Se ha reclinado.

Viste ropilla

De burdo paño,

De piel la gorra,

De cuero el sayo.

Un zurroncito

Lleva colgando

Del hombro diestro

Sobre el costado.

Su aire impaciente,

Su mirar vago,

Prueban que absorbe

Su espíritu algo.

Traza en el polvo
 Circulos varios
 Con el extremo
 De su cayado.

Pero ni él sabe
 Decir acaso,
 Si algun designio
 Guia su mano.

¿Qué pensamiento
 Le embarga en tanto?
 Nadie hasta ahora
 Pudo indagarlo.

Tiernos suspiros
 Exhala á ratos,
 Que gozo indican,
 Pena ó quebranto.

Yace, no lejos,
 El fiel Melampo,
 Fijos sus ojos
 En los de su amo.

Y cuando brota
 Súbito llanto,
 Llega y humilde
 Lame sus manos!

Por el vecino
 Verde collado
 Su amigo Lisias
 Baja cantando.

Y el pastorcillo
 Con sobresalto

Borrar del lloro
Quiere los rastros.

Pero es inútil,
Que de sus párpados
Ha visto el joven
Rodar el llanto.

Y cariñoso,
Cerca llegando,
Tales palabras
Los dos cruzaron:

—Di, por tu vida,
Dorilo ingrato,
¿Qué te sucede,
Que estás llorando?

—¡Ay Lisias mio,
No sé explicarlo,
Lloro... y la causa
Yo no la alcancé!

—No, pobre mozo,
Sucédete algo;
No hay en los montes
Pasiones de ánimo.

Quizá el hastío
Tras el regalo
Destroza el alma
De un cortesano.

Tal vez no sabe,
Si va á indagarlo,
Por qué está el triste
De vivir harto.

Pero el que corre
 Libre en el campo
 Tras de las corzas,
 Tras de los gamos;
 El que no busca
 Manjares raros,
 Y el pan sazona
 Con su trabajo;
 El que no tiene
 Bienes mas gratos
 Que su cabaña,
 Que su ganado;
 Y ve el primero
 Y último rayo
 Del sol naciente,
 Y en el ocaso;
 ¡Ay, mi Dorilo,
 Querido hermano!
 Cuando ese llora,
 Llora por algo.
 Di tu secreto,
 Sabré callarlo,
 ¿No has de ser nunca
 Conmigo franco?
 —Jamás contigo
 Secretos guardo;
 Bien sabes, Lisias,
 Que no te engaño.
 —¿Cómo es entonces
 Que suspirando

Siempre te encuentro.
 Por estos altos?
 Por qué así huyes
 De nuestro rancho,
 Y ningún día
 Pruebas bocado?
 Dime, Dorilo,
 ¿No hay allá abajo
 Mejores sombras,
 Mejores pastos?
 —Sí, amigo Lisias,
 ¿Cómo negarlo?
 Pero este sitio
 Me gusta tanto!
 —Bajo las verdes
 Ramas de este árbol
 Todas las tardes
 La siesta paso.
 —No sé qué magia
 No sé qué encanto
 Tiene este tronco
 Donde descanso.
 Cuando me alejo
 Con mi Melampo,
 Vuelvo a mirarle
 Desde aquel alto
 Y muchas veces
 Lisias, creeráslo?
 Torno á sentarme
 Donde hora yago.

VoZ misteriosa
 Creo entretanto
 Que así me dice
 Con eco blando
 "Ay! no te vayas
 "Dorilo ingrato
 "Espera un poco
 "Que aun es temprano
 "Tente, no temas
 "Que del ganado
 "Fieles custodios
 "Son tus alanos"
 —Di, hermano mio,
 Filis ¿acaso
 Te habló de amores
 En estos prados
 ¿Desos morales
 El sazonado
 Fruto algun dia
 Dióte en regalo?
 —Dulces memorias
 No guarda este árbol
 Ni oí ternezas
 Ni á Filis amo.
 —¿Quién pues descifra
 Misterio tanto?
 Tales trasportes
 Y tales raptos?
 Ay! tu cerebro
 Pobre muchacho,

No cabe duda,
Se ha trastornado.

Zagal ninguno
Por estos altos
Puede contigo
Ser comparado.

Con tu navaja
Labras de un palo
Preciosidades
Que causan pasmo.

Yerbas y flores
Te han revelado
De medicina
Secretos raros.

Cuando á la calva
Tal vez jugamos,
Siempre la tuya
Pega en el blanco.

Son tus cantares
A nuestros ánimos,
Lo que las lluvias
Al mustio prado.

Ninguno trepa
Mejor á un árbol,
Desciñe su honda
Salta un barranco.

Ni mas fecundo
Se ve un rebaño
Que el que á tu aprisco
Vuelves del pasto.

Queso, avellanas,
 Carne de gamo,
 Miel de romero
 Y otros regalos,
 En tu cabaña
 Nunca han faltado,
 Con suaves pieles
 Para el descanso.
 ¿Quién no te envidia,
 Joven gallardo,
 Por estos montes,
 Por esos llanos?
 ¿Pastor alguno
 Se hallará acaso,
 Mas entendido,
 Mas agraciado?
 Cuando debías
 Estar ufano
 Con esas prendas
 Que en ti admiramos,
 Y ser la gala
 De todo el campo,
 De tus amigos
 Ay! no haces caso.
 Ya á las perdices
 No pones lazos,
 Ni de las liebres
 Sigues el rastro.
 De tu zampoña
 Los ecos blandos

Ya no embelesan
 A nuestros Faunos
 Ni fiel remedas
 Entre los álamos
 De las zagalas
 El dulce canto.
 Ni los domingos
 Llevas al ható
 De nido oculto
 Pichones blancos.
 ¿Qué pesadumbres
 Dorilo caro,
 Causar pudieron
 Tan triste cambio?
 ¿Por qué así esquivas
 Desventurado,
 De los pastores
 El dulce trato?
 ¿Por qué estos silios
 Tan solitarios
 Buscas, y lloras
 Mientras que te hablo?
 Di tu secreto,
 Sabré callarlo,
 ¿No has de ser nunca
 Conmigo franco?
 —No así encarezcas
 Prendas y rasgos
 Que tu atesoras
 En mayor grado.

Deja alabanzas,

Y deja aplausos,

Que sé, mi Lisias,

Cuán poco valgo.

No mi retiro

Debe inquietaros,

El juicio tengo

Cabal y sano.

Si entre vosotros

No siempre me hallo,

No lo atribuyas

A que no os amo.

Al pié del duro

Tronco de este árbol,

Siéntome á veces

Encadenado.

Secretos goces,

Nunca probados,

Hallo tendido

Bajo estos ramos.

De mis trasportes

¿A qué ocultarlo?

La causa, Lisias,

Yo no la alcanzo.

Lágrimas suelo

Verter á ratos,

Y á los suspiros

Doy tal vez pábulo...

—¿Y qué provoca,

Dime, tu llanto?

—¡Ay, dulce amigo,
No sé explicarlo!...

—Dorilo, basta,
Pretendo en vano
Saber tus males
Para aliviarlos.

Alza del suelo,
Dame esa mano,
Que el sol se esconde
Ya en el ocaso.

Vente conmigo,
Ven, que allá abajo
Tristes aguardan
Celio y Menandro”.

Y los pastores
Con lento paso
Por la montaña
Vanse alejando.

II.

El Párroco y el zagal.

De un pobre templo, que aislado
Del pueblo vecino está,
Un anciano Sacerdote
Se pasea ante el umbral.

La nieve de sus cabellos,
Las arrugas de su faz,
Amor y respeto infunden —
Cuando se le ve pasar.

Si son espejo del alma
 Los ojos, diciendo están
 Los suyos cuánto atesora
 De virtud y de bondad.

Reina la calma en su frente,
 Mas no es fácil explicar,
 Si es austera su alegría
 O dulce su austeridad.

En su venerable rostro
 Dibújase expresión tal,
 Que se duda si propende
 A sonreír ó llorar.

Nudoso báculo empuña,
 Sosten preciso, que ya
 La insegura planta afirma
 Con suma dificultad.

Pero aunque agovia sus hombros
 El tiempo inflexible, ay!
 Donde asoma el infortunio
 Vésele al punto llegar.

Visita al pobre en su lecho,
 Consuelos al triste da,
 Y á todas partes alcanza
 Su mano providencial.

La comarca le bendice
 Como á un genio tutelar,
 Que por do quier la ventura
 Va derramando y la paz.

Sin duda grave negocio
 Le debe preocupar,

Pues sus inquietas miradas
Corren de aquí para allá.

Ora levanta los ojos
Con el solemne ademán
De quien luz é inspiraciones
Del Cielo aguardando está.

Ora los clava en la tierra,
Como queriendo buscar
La solución de un enigma
Que no comprende quizás.

Por el sendero vecino
Llega de pronto un zagala
Toma su trémula mano,
Y un tierno ósculo le da.

El Párroco le bendice
Con afecto paternal,
Y exclama: "Mi buen Dorilo,
¿Cumpliste el encargo ya?
—Cumplile, Señor, y arriba,
Junto al frondoso moral,
Inquietos vuestros amigos
Ya esperándoos están.

Partieron por el atajo
Interin yo vine acá
Por traerós, Padre mío,
El aviso que aguardais.
—Vamos pues; el Cielo quiera
Nuestras pisadas guiar,
Y cúmplase en todo tiempo
Su divina voluntad.

Pero sé ingénuo, hijo mió,
 Nada me ocultes, zagal;
 De tu relacion ¿no tienes
 Nada que rectificar?
 —Nada, Padre, yo os protestó
 Que en todo dije verdad.
 —Está bien: mas ¿cómo hallaste....
 —Señor, os lo he dicho ya:
 Una mañana á ese cerro
 Fui por acaso á sestear.
 —¿Por acaso? tu venida
 ¿No fué, di, providencial?
 Prosigue, amigo, prosigue;
 Llegaste al cerro, y ¿qué mas?
 —En tanto que mis ovejas
 Pastaban aquí y allá,
 Yo me senté fatigado
 Sobre el tronco de un moral.
 Dormimé profundamente,
 Y á poco empecé á soñar.
 —¿Y estás seguro, Dorilo,
 De que fué un sueño no mas?
 —Si Padre, sí; yo á lo menos
 Siempre le tuve por tal.
 —Sigue, pastor, tu relato,
 Que interesándome va.
 —De una música divina
 Parecióme que al compás
 El pabellon de los cielos
 Se rasgaba por mitad.

Alzo los ojos, y absorto
 Veo un palacio imperial,
 Que vertía hácia la tierra
 torrentes de claridad.

Entonces una Señora
 De belleza singular,
 Vuela hácia mí, cual saeta
 Lanzada á la inmensidad.

Y tocándome en el hombro,
 "No temas, pobre zagal,

"Me dice, ten confianza,
 "Que bajo mi amparo estás.

"En esa comarca quiero
 "Tener un templo y altar,

"Y tú eres el encargado
 "De cumplir mi voluntad."

Dijo, y con rápido vuelo
 Tornó á su sólio inmortal,
 Dejando el ambiente henchido
 De fragancia y suavidad.

Desperté sobresaltado,
 No acertándome á explicar

Qué misterioso motivo
 Produjo en mí sueño tal.

Tomé cariño á ese cerro,
 Y desde entonces acá

Rara vez, tarde ó mañana,
 Le dejé de visitar.

De aquel dulcísimo sueño
 Que no olvidaré jamás,

Ay! saborear la memoria —
 Buscaba en la soledad. —

La otra tarde que rendido —
 Me senté junto al moral, —
 Oí de cerca el arrullo —
 De una paloma torcaz. —

Sospecho que la avecilla —
 Debe sin duda anidar —
 Del árbol, mi favorito, —
 Entre la frondosidad. —

Ocúrreme armar un lazo, —
 Prepárole con afán, —
 Por apresarla otro día —
 Con la luz matutinal. —

Dejo el cayado en el suelo, —
 Me encaramo sin tardar, —
 Voy separando las ramas, —
 Y llegando á la mitad... —

Bajo un toldo de verdura, —
 Bella y hermosa, sin par, —
 Hallo, Padre, aquella imágen —
 De que ayer os hablé ya. —

¡Qué de encantos en su rostro!

¡Qué dulzura en su mirar!

¡Qué sonrisa tan graciosa!

En sus labios de coral!

—Bien, Dorilo; pero dime,

Tú ¿no tenías de atrás

Indicios del rico hallazgo

Que guardaba ese moral?

—Ninguno, Señor, ninguno,
 —Y ¿no te ocurre pensar
 Que ocultarle en aquel árbol
 Pudo tal vez la piedad?
 —No os entiendo... —Oye, hijo mio,
 Es muy posible, que allá
 Cuando el infiel nuestros templos
 Quiso un día profanar,

Algun celoso creyente
 La escondiese allí quizás
 Entre las frondosas ramas
 Al huir del pátrio hogar...

—No puede ser, Padre mio.
 —Pues ¿qué inconveniente hay?
 Llenas de casos como ese
 Nuestras crónicas están.

—Yo, Señor, no soy leído,
 Pero puedo asegurar
 Que la Santísima Virgen
 Esta allí de poco aca.

—¿En qué te fundas? —Me fundo,
 En que el crudo temporal
 Sus sagradas vestiduras
 Hubiera deshecho ya.

La nieve, el hielo, la lluvia...

—Segun eso, buen zagal,
 ¿Intacto está su ropaje?

—Tan intacto, que no hay
 Ni una arruga, ni una mancha
 Ni un giron en su cendal.

Vos la veréis, Padre mio,
 Y entonces podréis juzgar.
 —Sí, la veré, que al oírte,
 Cada vez lo anhelo mas.

Ea, marchemos, Dorilo,
 Llévame allí sin tardar,
 Que ya sin duda impacientes
 Aguardándonos están.”

Y continuando el sendero
 Que cruza un verde encinar,
 A poco desaparecen
 El Párroco y el zagal.

III.

Ofrendas campestres.

Del sol naciente
 Los rayos tibios
 Ya de los montes
 Doran los picos.

De nuevo ensayan
 Los pajarillos
 Dulces gorjeos
 Y suaves trinos.

Pero no se oye
 Por el circuito
 De los rebaños
 Hoy el balido.

Ni se ve en torno
 Pasear altivo

Al encelado

Fosco novillo.

Ni los mastines

De noble instinto

Siguen la pista

Del lobo impío.

Ni por las breñas

Trepa el cabrito

Con caprichosos

Saltos y brincos.

¿Por qué retienen

Los pastoreillos

Hoy sus ganados

En el aprisco?....

Un alborozo

Desconocido

Llena del valle

Todo el recinto.

Crúzanse á trechos

Voces y gritos,

Présagos fieles

Del regocijo.

A que responden

Agudos silbos,

Con que se explican

Los montesinos.

De entre el follaje

Del bosque umbrío

Parten los ecos

De un caramillo;

Que fiel modula
 Con sus sonidos
 Campestres árias,
 Rústicos himnos.
 Dejan el blando
 Lecho querido
 Las bellas ninfas
 De aquellos sitios.
 Y á coro entonan
 Cantos festivos
 Con melodioso
 Variado estilo.
 Pero ¿qué extraño
 Súbito ruido
 Suenan en la falda
 Del montecillo?
 De un pintoresco
 Grupo de tilos
 Sale una tropa
 De campesinos.
 Celio, Menandro,
 Lisias, Dorilo,
 Y el rubio Aléxis,
 Y el tierno Anfrisio,
 De sus zagalas
 Van precedidos,
 Luciéndolo el traje
 De los domingos.
 Y sobre el muelle
 Césped florido

Siéntanse todos
Formando círculo.

“Ea, muchachos,

Dice Dorilo,

Id presentando

Los donativos,

Que como prenda

De fiel cariño,

Hoy á la Virgen

Llevais conmigo.”

Dice, y enseña

Dos corderitos,

Mas que la nieve

Blancos, Anfrisio.

De miel sabrosa

Panales ricos

Entre hojas frescas

Celio previno.

Lleva Menandro

Dos jilgueritos,

Que con la madre

Cogió en el nido.

De suave nata

Lisias provisto

Trajo á los hombros

Un cantarillo.

Blanco azafate

De quesos limpios

Descubre Aléxis,

Mientras Dorilo

Presos del cuello

Dos terneros

Lleva con cintas

De lana y sirgo.

Sus bellos ojos

Alza expresivos

Filis la reina

De los hechizos.

Y sonriendo

Muestra á su amigo

Linda corona

De verde mirto.

Todos aplauden

A un tiempo mismo

Su delicado

Gusto exquisito.

Y la doncella

Con aire tímido

Baja los ojos

Dando un suspiro.

Traen sus amigas

Ramos floridos

De violetas

Y de jacintos;

Entreverados,

Con mil caprichos,

En el romero,

Salvia y tomillo,

Rojos claveles

De color vivo,

Blancos jazmines,
Cárdenos lirios.

De sus cabellos
Un cordoncito
Para su ramo
Luscinda hizo.

Nise ató al suyo
Verde cintillo,
De la esperanza
Gracioso símbolo.

“Alzad del suelo,
Venid conmigo,
Dice gozoso
Por fin Dorilo.

Estos campestres
Dones sencillos
Hoy á la Virgen
Serán propicios.

Ya en lontananza,
Caros amigos,
De la Parroquia
La cruz diviso.

Mirad, del templo
Ya en el vestibulo
Nuestros hermanos
Se han reunido.

Ya la sonora
Campana á gritos
Anuncia el nuevo
Raro prodigio.

Bellas zagalas,
 Mozos pulidos,
 ¿Qué nos detiene
 Ya en estos sitios?

Ea, llevemos
 A su destino
 Nuestras ofrendas
 Y donativos.

Que al cerro Santo
 Ya habrán subido
 Dentro de poco
 Nuestros vecinos.

Mezele sus sones,
 Querido Anfrisio,
 Con tu zampoña,
 Mi caramillo.

Cantad vosotros,
 Entanto el himno
 Que nuestro anciano
 Párroco hizo.

Y al punto en orden
 Marchan lucido,
 Cantando á coro
 Por el camino:

“Salve, Princesa

”Del paraíso,

”Que santificas

”Estos dominios.

”Mira con ojos

”Siempre benignos

- "A los que se honran
 "De ser tus hijos.
 "Fúlgida estrella,
 "Faro divino,
 "Luz portentosa
 "De eterno brillo;
 "Guia los pasos
 "Del peregrino,
 "Que en el destierro
 "Gime cautivo.
 "Las claras fuentes,
 "Los mansos rios,
 "Arboles, plantas,
 "Montes y riscos;
 "Cuantos habitan
 "El bosque umbrío,
 "Aves y fieras
 "De vário instinto,
 "Y el escamoso
 "Bando infinito,
 "Que el mar encierra
 "Bajo su abismo;
 "Todos te rindan
 "Obsequios dignos,
 "En concertado
 "Múltiple estilo.
 "De los pastores
 "Junto al aprisco
 "Fijas tu trono
 "De amor en signo

"Caigan sobre ellos
 "Tus beneficios,
 "Cual sobre el campo
 "Baja el rocío.
 "Reina del valle,
 "Del monte hechizo,
 "Sea tu nombre
 "Siempre bendito."
 Dicen, y cruzan
 Los pastorcillos
 El solitario
 Monte vecino.
 Repite el eco
 Sus cantos místicos,
 De árbol en árbol,
 De risco en risco.
 Pero sus voces
 Ya se han perdido
 Bajo las hayas,
 Robles y pinos.

IV.

El triunfo.

De Orduña á la diestra mano,
 Segun se va al occidente
 Después de cruzar el llano,
 Subiendo al monte cercano
 Por la fragosa pendiente;

Cerca ya de una ladera,
 Mole imponente y severa
 Que limita aquel paisaje,
 Residencia de la fiera
 Y del águila salvaje;

Hay un cerro tapizado
 De suave y menuda yerba,
 Donde no llegó el arado,
 Do el cespced nunca pisado
 Su eterno verdor conserva.

Inexpugnable muralla
 Que al cielo escalar parece,
 Un peñon al confín se halla,
 Natural, rústica valla,
 Que del viento la guarece.

Vive en su cima perdido
 Tal cual roble secular,
 Mil veces del rayo herido,
 Pero que nunca ha nutrido
 Con su despojo al hogar.

Cuando la herbosa melena,
 Que cubre el risco, se llena
 De mal apretada nieve,
 Si entonces se desenfrena
 Furioso el ábrego aleve.....

¡Ay de la pobre cabaña
 Que en el recodo se oculta!
 De súbito la montaña
 Ruge estruendosa con saña,
 Y en sus ruinas la sepulta.

Pero la hermosa colina
 Que en sus faldas se reclina
 Cual una niña mimada,
 Salva del riesgo, domina
 La vega á sus piés situada.

Precipitado torrente
 Ciñela á su diestra mano,
 Despeñándose inclemente
 Cuando mueve el austro ardiente
 Las tormentas del verano.

Córtala de la otra parte
 Un barranco reducido
 Que ciñe el verde baluarte,
 Y aguas perennes reparte
 Lamiendo el cespéd florido.

Llábase entre los zagales
El cerro de los morales,
 Porque en su fondo y costados
 En hileras desiguales
 Hay algunos arraigados .

Pero nótese al momento
 Uno, que altivo y frondoso,
 Tiende sus brazos al viento,
 Mas que todos corpulento,
 Y mas que todos umbroso.

Aislado en un pradecillo,
 Crece cual rey de la selva
 Entre el cantueso y tomillo,
 La ramosa madreselva,
 Y el siempre odoro junquillo,

Esta pues, breve esplanada,
 Vese de pronto inundada
 Por todas partes de gente,
 La fe en sus ojos pintada
 Con expresion elocuente.

Mas ¿por qué se postra en tierra
 Con la cabeza desnuda?
 ¿Qué misterio aquí se encierra?
 ¡Grave suceso en la sierra
 Tiene lugar hoy sin duda!

Mas ya avanza en doble hilera
 Todo un pueblo en rogativa
 Con pendones, cruz y cera,
 Y al confín de la pradera
 Con extraña pompa arriba.

Cual numerosa bandada
 De grullas el alto vuelo
 Lleva á region mas templada,
 Y en tropa bien ordenada
 Marcha en busca de otro cielo;

Y acampando en la desierta
 Loma que encuentra en su viaje,
 Si alguno á pasar acierta,
 La ve á lo lejos cubierta
 De ceniciento plumaje;

Así el tropel que agolpado
 Cunde con ánsia que asombra
 Del uno y del otro lado,
 No deja ver del collado
 La verde y florida alfombra.

Diríase que se apresta
 Del monte, tras largo asedio,
 A tomar la altiva cresta:
 Tanto al que viene le cuesta
 Franquearse el paso por medio.

Al son de los atabales,
 En dos grupos desiguales
 Atraviesan la colina
 El clero y los concejales
 De la ciudad mas vecina.

Encorvado por la edad,
 Un Sacerdote va entre ellos,
 A quien dan autoridad
 Las arrugas de su faz,
 La nieve de sus cabellos.

La comarca toda entera
 Le bendice y le venera;
 Que la bondad del anciano
 Deja sentirse do quiera,
 Ya en el monte, ya en el llano.

Llegan al árbol frondoso,
 Y hondamente conmovido,
 Pide el Párroco virtuoso
 Que el ramaje misterioso
 Sea al fin reconocido.

Y un agraciado zagal,
 De otros tres en compañía,
 Súbito escala el moral,
 Que guarda la celestial
 Bella imagen de MARÍA.

Cual de riquezas hambiento
 Busca el preciado tesoro
 Con afán el avariento,
 Creyendo á cada momento
 Ver brillar la plata y oro;
 Y el removido terreno,
 De mortal inquietud lleno,
 Con cien ojos examina,
 Hasta que ya el rico seno
 Deja ver la ansiada mina;
 Y ante el metal codiciado
 Mudo se queda y pasmado,
 Y en torno temblando mira,
 Y enloquecido y turbado,
 Llora de gozo y suspira;
 Así el concurso que llena
 Del sacro cerro la cumbre,
 Se extasia y enagena,
 Y se agita y desordena
 Contra su habitual costumbre.
 Y sus ardientes miradas
 Fijas están y clavadas
 En el árbol sacrosanto,
 Las mejillas inundadas
 De dulce, inefable llanto.
 Ya el ramaje se extremece,
 Ya el tesoro allí escondido
 Bello y radiante aparece,
 Y de punta á punta crece
 La algazara, grita y ruido.

Y la imágen de MARÍA,
 Que á la tierra el Cielo envía,
 Largos vítores arranca,
 Fieles signos de alegría,
 Del placer expresion franca.

Seguidas de los pastores
 Vánse acercando en dos alas
 Con ramilletes de flores,
 Ricos de aroma y colores,
 Las inocentes zagalas.

Y de tierno amor en prenda
 Cada cual lleva la ofrenda
 Que tomó del bosque umbrío,
 De su plácida vivienda,
 O á las márgenes del río.

Una Salve el clero entona,
 Que el pueblo á coros repite,
 Y el ángel de aquella zona,
 Se euternece y se ilusiona,
 Y hasta el cielo la trasmite.

Sobre una luciente peana
 Colocan la Santa imágen,
 Y ordenan que con cristiana
 Pompa á la Iglesia cercana
 Cuatro Clérigos la bajen.

Sobre sus hombros levantan
 Aquella carga preciosa,
 Y á un tiempo lloran y cantan,
 Y hácia el templo se adelantan
 Con la esfigie portentosa.

De blanco raso vestida,
 Seméjase en lontananza,
 Cándida y pura, á la huida
 Paloma que cerca anida
 Y al árbol amigo abanza:

O á la hermosa y bella luna,
 Que en los móviles espejos
 Deja ver de la laguna
 Desde su azulada cuna
 Del almo sol los reflejos.

Ya confunden su armonía
 Con la alegre chirimía
 Los templados tamboriles,
 Y la dulce letanía
 Con los himnos pastoriles.

Por delante, y en dos alas
 Repartido, va danzando
 Con sus mas preciosas galas
 Lindo grupo de zagalas
 Que Dorilo va guiando.

Las aves de la floresta
 Su funcion tienen dispuesta
 Del valle á la Reina hermosa
 Y al pasar, canora orquesta
 La saluda melodiosa.

Resuena agitado el viento
 Con vivas y aclamaciones,
 Que en tan solemne momento
 Arranca el gozo y contento
 Que inunda los corazones.

Y se enardece y se inflama
 Por do quier la fe mas libia,
 Y la multitud que aclama,
 Llanto copioso derrama
 Que el pecho oprimido alivia.

Pero ya el umbral traspasa
 Del Santo templo MARIA,
 Y al verla entrar en su casa,
 El pueblo en amor se abrasa,
 Bendiciéndola á porfia.

Y en su dulce arrobamiento
 Suavemente se recrea
 Contemplando aquel portento,
 Y cien veces y otras ciento
 La apostrofa y victorea.

Pero ya la luz espira,
 Y al hogar desatendido
 Ya el concurso se retira,
 Y al despedirse la mira,
 Y la dice enternecido:

“¡Virgen pura, que quisiste
 ”Reinar en esa morada,
 ”Refugio y solaz del triste;
 ”Pues por tuya la elegiste,
 ”Nunca sea profanada!”

V.
 El nuevo templo.

Uno tras otro, insensibles,
 Largos años trascurrieron,

Hundiéndose en esa sima
 Que lleva por nombre *tiempo*
 Cien y cien generaciones
 Con paso rápido huyeron,
 Que de la vida es muy breve
 El espinoso sendero.

Cambió de faz la comarca,
 Transformóse aquel terreno,
 Y el poblado promontorio
 Vino á quedarse desierto.

Una vez y otra de Orduña
 Los desparramados techos
 Ay! á montones de escombros
 Redujo voraz incendio.

Buscó mas tarde en el llano
 Cómodo y fácil asiento,
 Quedando solo en el monte
 De *MARÍA* el almo templo.

Que las llamas le respetan,
 Por especial privilegio,
 En el comun infortunio
 Que llenó de angustia al pueblo.

Tal cual humilde cabaña,
 Solitaria en aquel cerro,
 Marcaba á los nobles hijos
 El solar de sus abuelos.

Tal cual pobre caserío
 Daba en aquel triste yermo
 Guardia de honor á *MARÍA*,
 Velando su alcazar régio.

Mas ay! el sagrado muro,
Ya carcomido y decrepito,
Dificilmente sustenta
De las bóvedas el peso.

Por las huecas hendiduras
El melancólico viento
Deja oír sus tristes ayes
Y gemidos lastimeros.

Y la piedad alarmada
Con sus pavorosos ecos,
Teme, se exalta y medita
Cerca erigir otro nuevo.

No hay recursos, ¿mas qué importa?
La Virgen está por medio,
Que cual suele hará milagros,
Si menester es hacerlos.

Superan dificultades,
Vencen obstáculos serios....
¿Cuánto en las árduas empresas
Pueden la fé y el deseo!

Y al cabo de pocos lustros
Alza, magnífico y bello,
Su augusta frente el palacio
De la Reina de los Cielos.

¿Quién del sagrado recinto
Al hollar el pavimento,
No evoca tiernas memorias,
Dulces y gratos recuerdos?

Aquella gloriosa Imágen
Es la misma que otro tiempo

Del inocente Dorilo
Se dejó ver en el cerro.

Aquellas mudas pilastras
Con elocuente silencio
Pregonan las maravillas
De que allí testigos fueron.

Escrito en la frente llevan
Con caracteres eternos
Un catálogo asombroso
De prodigios y portentos.

Cada piedra es una cifra,
Cada mármol un compendio,
Que las bondades anuncia
De la Hija del Excelso,

Ningun corazon herido,
Ningun lacerado pecho
Dejó de hallar en sus aras
El bálsamo del consuelo.

¿Quién no aspira, al fiel abrigo
De aquel pacífico techo,
Castos perfumes que el alma
Llenan de dulce embeleso?

¿Quién no olvida allí del mundo
Los placeres y el estruendo,
Y á las mas altas regiones
Se encumbra del sentimiento?

¿A quién la piedad antigua
No asombra, al ver los espléndidos
Muros que alzó la pobreza
Con heroicos esfuerzos?

¿Dó están aquellos varone.
 Gloria del cántabro suelo,
 Cuya fe sola obrar pudo
 Prodigio tan estupendo?....

Ay! tambien ellos pasaron,
 Y hasta sus nombres se hundieron
 En esa terrible sima
 Que lleva por nombre *tiempo*.

Pero aun vive hácia MARÍA
 Aquel entrañable afecto,
 Que en rica herencia legaron,
 Al despedirse, á sus nietos.

Sí, tu amor, oh Virgen Santa,
 Se perpetúa en un pueblo,
 Que en la piedad y ternura
 No cede, no, á sus abuelos.

Protégele bondadosa,
 Vela por él con empeño,
 Haz que de tu patrocinio
 Sienta el influjo benéfico.

Muéstrale que eres su Madre,
 Y en sus cuitas, y en sus duelos,
 Conozcan tus Orduñeses
 Que son hijos predilectos.

Y el amor que te profesan,
 Proverbial, Señora, en ellos,
 De edad en edad trasmitan
 Con sus virtudes y ejemplo.

En las
PORTENTOS.

I.

Madre é hija.

Hondamente impresionada
 Sube el cerro de la *Antigua*
 Por la alameda contigua
 Una Señora enlutada.

Bajo el crespon elegante
 Prendido de su cabeza
 Cierta expresion de nobleza
 Deja ver en su semblante.

Llanto sin duda ha vertido,
 Porque, cuando alguno pasa,
 Compone inquieta la gasa
 Que vela el rostro afligido.

Un libro lleva en la mano,
 En cuya doble cubierta
 Campa una cruz, señal cierta
 De que es su Mentor cristiano.

Por entre el verde ramaje
 La va siguiendo una niña,
 Que viste negra basquiña
 Con blondas de negro encaje.

Simpatía misteriosa
 Sus dos almas encadena,
 Risa, llanto, gozo ó pena,
 Son en ambas una cosa.

El que las ve, si se fija,
 Reconoce sin tardanza
 La singular semejanza
 De la madre y de la hija.

Contemplando á la primera,
 Vense al través de la edad
 Restos de antigua beldad
 Melancólica y severa.

Pero rasgos peculiares
 Hacen formar conjetura
 De que ajaron su hermosura
 Mas que la edad, los pesares.

En la segunda es de ver
 Una temprana belleza,
 Donde la naturaleza
 Sábia ostenta su poder.

Aunque niña todavía
 Que solos dos lustros cuenta,
 Tres al menos representa
 Su donaire y gallardía.

Luce, apenas desplegada
 Su hermosura juvenil,

Cual fresca rosa de abril
Abierta á la madrugada.

Suelto su blondo cabello,
Partido sobre la frente,
Acaricia suavemente
Los contornos de su cuello;

Resaltando en campo breve,
De una red de oro velado,
Por el uno y otro lado
Su cútis de rosa y nieve.

Rasgados y negros son
Sus ojos, por donde asoma
Todo el perfume y aroma
De aquel casto corazón.

En sus labios de coral,
Y en su frente blanca y pura,
No se ve mas que dulzura,
Y un candor angelical.

Cautiva con su inocencia,
Viéndola, inspira interés,
De cuantos la tratan es,
Sin querer, la complacencia.

Marchando en silencio van
Por la risueña campiña,
Cuando de pronto la niña
Exclama con tierno afán:

—Madre mia, ¿por qué lloras?
¿Qué tienes?.... ¿en que consiste
Que desde ayer estás triste,
Suspirando á todas horas?

—Aprensiones tuyas son,
Yo no estoy triste, María.

—Sí, tú lloras, madre mía,
Lloras, y no es aprensión.

Lo ves? lo ves? fuera en vano
Quererlo disimular,
Cuando acaba de mojar
Una lágrima mi mano.

Una lagrima que abrasa
Yo no debo merecer,
Cuando callas, ay! saber
Lo que en tu corazón pasa.

—Tranquilízate, querida,
Yo también tranquila estoy.

—¿Tranquila? tranquila?
—Hoy

Amo, cual nunca, la vida.
—Por mí, ¿no es cierto?

—Y por mí!
—Según eso, eres dichosa.

—¿Puedes pensar otra cosa?
—Perdona, si fuera así....

Mas por tus mejillas veo
Rodar lágrimas recientes,

Y tus ojos son dos fuentes
Desde el último correo.

—María!
—Todo lo sé....

De tu sigilo á despecho
Hoy mismo desde mi lecho....

—¿Me observaste?

—Te observé.

Ay! menos viva que muerta.

Quise hablarte, madre mia;

Tú pensabas que dormía.

Pero estaba muy despierta.

—Y bien?

—Advertí que entraste

Profundamente agitada,

Y con la esfigie sagrada

De MARÍA te abrazaste.

Hiciste luego oracion,

Y oí que á cada momento

Con solemne y triste acento

“Perdon, decias, perdon!”

—Necia un instante dudé,

Sí, de su inmensa bondad,

Me asustaba tu orfandad,

Y flaqueó un dia mi fe!

—Pasó, madre mia, un rato,

Y de una linda cajita

Con emocion infinita

Sacaste luego un retrato.

Vi que con dulce embeleso

La muda imágen mirabas,

Y que sobre ella estampabas

Un beso tras otro beso.

No podia dudar ya,

Viendo tu loco arrebató;

Sí, loco, que era el retrato

De mi buen padre! mas ah!

Resígnate con tu suerte.

¿No se anudan en el cielo

Los lazos que acá en el suelo

Rompe insidiosa la muerte?

— Si, mil veces me lo has dicho;

Pues entonces, madre mia,

¿Por qué aumentas tu agonía

Con ese triste capricho?

— Lloras! ay! me haces creer

Que no eres la que solias....

—¿Cómo?

— Desde hace dos dias,

Menos aun, desde ayer.

—¿Infieres.....?

— Yo nada infiero,

Mas de sobra se me alcanza,

Que causó tan gran mudanza

La venida del cartero.

— Maria!

— Si, del paquete

Dióte un susto la cubierta;

Y muda, pálida, yerta,

Corriste á tu gabinete.....

Yo me lancé tras de ti,

Cuando por la vez primera

Una mirada severa

Me alejó al punto de allí....

Larga pasóse una hora,

Y aunque lo disimulabas,

Al salir, vi que llorabas....

Como estás llorando ahora!

—¿Y has creído....

—Solo crec,

Si á mi corazon escucho,

Que sufres, que sufres mucho

Desde el último correo.

—Perdona, pobre Maria!

—Y por qué? si no consiente

Tu secreto un confidente.....

—Vas á saberle, hija mia!

—Como tanto lo demoras,

A pesar de mi avidez....

Pero, por Dios, ¿otra vez

Vuelves los ojos y lloras?

—Hija querida! este llanto,

Que en vano reprimir quiero,

No le arranca el dolor fiero,

Ni la pena, ni el quebranto.

—Deja que lllore, alma mia,

Sí, necesito llorar,

Que como mata un pesar,

Mata á veces la alegría.

Ay! que no lllore me encargas,

Mis lágrimas dante enojos....

Las que hoy brotan de mis ojos,

Lo juro, no son amargas.

En hondo penar sumida,

Me asustaba el porvenir....

Hoy me viene á sonreir

Una esperanza perdida.
 Y la desolada esposa,
 Y la madre sin ventura
 Queapuró tanta amargura,
 Aun puede ser venturosa...
 —No comprendo.... ¡qué contraste.
 Y yo te creí tan triste!....
 Si faustas nuevas tuviste,
 ¿Por qué me las ocultaste?
 —Mañana tus días son,
 Y en ese anhelado día
 Celebras, querida mía,
 Tu primera comunión.
 —Y bien?....
 —La razón es esa
 Porque al pié del mismo altar,
 Te quería preparar
 En regalo una sorpresa.
 Mas ay! aunque ánimo firme
 Tuve de callar en tanto,
 Me hace traición este llanto,
 Ya no puedo reprimirme.
 Hija mía, honda impresion
 Va á causarte una noticia,
 Que inundará de delicia
 Tu inocente corazón.
 —Tan fausta es, madre?
 —En tal grado,
 Que en tus sueños de ventura,
 Jamás tan bella, tan pura

Ilusion te habrás formado.

—Oh! prosigue, por piedad,

Prosigue, ¿no ves mi anhelo?...!

—Hija, da gracias al Cielo;

Ya se acabó tu orfandad?...!

—Mi orfandad? qué es lo que oí?

¿Acaso mi padre?...!

—Vive!

Desde Marsella me escribe,

Pronto le tendrás aquí!...!

—Qué habéis dicho, madre mia?

¡Nueva feliz!... pero es cierta?

Yo no debo estar despierta....!

Yo sueño....!

—Pobre María!

No sueñas, bien mio, no,

Dentro de poco en tus brazos...!

—¡Imposible! hecho pedazos

Su buque, ¿no pereció?...!

—Tal se nos dijo, y sin duda

Fuera pasto de los peces,

Si entonces, como otras veces,

No apareciera en su ayuda!...!

—¿Quién?

—La estrella de la mar,

La Virgen á quien devoto

En trance tal hizo un voto

De su pecho en el altar.

Cruje la nave, impelida

Contra un escollo invisible

Y con esplosion horrible Y

Queda en trozos dividida. Q

El océano bramaba, T

Mugia el ronco aquilon, C

Y su fúnebre crespón H

Ya la muerte desplega. Y

Su ruina cierta atestiguan. S

De consuno el mar y el viento. T...

Pero llama en tal momento. C

A la Virgen de la Antigua. . . no. C

Y entonces sus compañeros, Q

Que yacen desalentados, H

Se abrazan, como inspirados, D

A los ya rotos maderos. De un

Y prometen á su ejemplo. S

A la Virgen visitar, Y

Y agradecidos colgar. Y

Una barca de su templo. S

Entonces, oh maravilla! S

¿Cómo pintar su contento, V

Al ver que cambiando el viento, F

Los va empujando á la orilla? F

A los ayes y gemidos Y

Sucede vital consuelo, U

Y sus ojos en el Cielo. L

Se clavan agradecidos. B

Vuelve al pecho la esperanza, D

Redóblase su vigor, De volver

Y el madero salvador. Y

Por camino incierto abanza. Q

Y sobre el débil asiento
 Que en su infortunio alcanzaron,
 Tres crueles dias lucharon
 Contra el voraz elemento.
 Y hambre y sed les daban guerra,
 Y extenuados de fatiga,
 Sobre una costa enemiga
 Tomaron al cabo tierra.
 Condenados á vivir
 Con unas tribus salvajes,
 ¡Qué de infamias, qué de ultrajes
 Han tenido que sufrir!
 Cinco años, dia por dia,
 De un mandarin, su verdugo,
 Soportaron ay! el yugo
 Y oprobiosa tiranía!
 Y cuando con mas rigor
 Su cetro de hierro empuña,
 La Santa Virgen de Orduña
 Vuelve en su auxilio y favor.
 Invócanla con fe rara,
 Pídenla que les asista,
 Y de víveres provista
 Una lancha les depara.
 Lánzanse entonces al mar,
 Bajo el amparo del Cielo,
 Con aquel ferviente anhelo
 De volver al pátrio hogar.
 Y fué tan lausta su estrella,
 Que sin extraños reveses,

Al cabo de algunos meses
Arribaron á Marsella.

—¡Qué prodigio, Cielo santo!

—Son dos prodigios, María.

—¿Cómo adivinar podía

Los secretos de tu llanto?

Deja que lágrimas vierta,

Yo tambien debo llorar:

¡Es tan dulce recobrar

Una esperanza ya muerta!

¡Gracias, oh! Virgen MARÍA,

Tu esclava soy desde ahora,

Pues nos devuelves, Señora,

La prenda de mas valía!

(Y la niña en su inquietud

Los bellos ojos alzó,

Y hácia el Santuario miró

Con profunda gratitud.)

—Si, hija mia, á su favor,

¿Cuánto las dos no debemos?

Pronto por ella tendrémós

Un amigo, un protector.

¡Bendita sea, bendita,

Mil veces mil, esa Madre,

Que devuelve un tierno padre

Á mi pobre huerfanita!

—Y á tí te vuelve tambien

Un dulce esposo!....

—Es verdad,

Alabemos su bondad

Por siempre jamás amen.”

Entran en esto al Santuario,

Donde á la Madre de Dios,

Ricas de afectos las dos,

Bendicen con modo vario.

Ora por Reina la aclaman,

Ora por Madre la invocan,

Tiernos suspiros provocan,

Dulces lágrimas derraman.

Un momento tal vez oran,

Besando el místico altar,

Mas no aciertan á expresar

Sus sentimientos, y lloran.

El tiempo vuela, y de hinojos

Sobre la baldosa fria,

En el trono de MARIA

Tienen clavados los ojos.

Y su alma tanto se afecta,

Que no advierten esta vez

Las sombras que en la pared

Ya la lámpara proyecta.

Pues el sol que á sumergir

Bajó su carroza al mar,

Las habia visto entrar,

Pero no las vió salir.

Una graciosa barquita

Que de la bóveda pende,

La curiosidad excita

De quien el templo visita,
 Y el misterio no comprende.
 Lema de honor y de gloria,
 La piedad consagró un día
 Esa sencilla memoria,
 Que encierra toda una historia
 De la bondad de MARÍA.

II.

La serpiente.

“¿Qué significan
 Esos despojos,
 Que ahí conservan
 Cual un fenómeno?
 ¿Cómo es que á un templo
 Tan majestuoso
 Traen de una sierpe
 Los restos hórridos?
 ¿Es de la Virgen
 El oratorio
 Para una fiera
 Sitio á propósito?...”
 Esto á su Madre,
 Volviendo el rostro,
 Dice una niña
 De lindos ojos.
 Ella sonríe
 De amor y gozo,

Y la contesta
Con dulce tono:
"Eso, hija mia,
Recuerda á todos
Cierta suceso
Muy portentoso.
Un dia al monte
Marchóse solo
Gentil mancebo
Que huye del ocio.
Iba con ánsia
De volver pronto,
Porque su madre
Tenga un socorro.
La triste anciana
Perdió su esposo,
Y es aquel jóven
Su único apoyo.
No hay pan en casa,
Y el pobre mozo
Que en el trabajo
Nunca fué corto,
Quiere de leña
Cargar sus hombros,
Para remedio
De tanto ahogo.
Llega, y de un árbol
El rudo tronco,
Sin detenerse,
Divide en trozos.

Pero sus manos
Yertas de pronto,
Sueltan el hacha
Sin saber cómo.

Ese que miras,
Reptil indómito,
Sale á su encuentro
Por un recodo.

En él clavados
Tiene los ojos,
Que ardientes llamas
Brotan en torno.

Quédase inmóvil,
Pálido, atónito,
Y un sudor frío
Baña su rostro.

Ya se le acerca
Llena de encono
La ensangrentada
Boca del monstruo.

Llama á la Virgen,
Haciendo un voto
De sus entrañas
En lo mas hondo.

Ve que la bestia
Vacila un poco....
Tirase al hacha
Lleno de arrojó....

Y descargando
Golpes furiosos,

De su cabeza
Separa el tronco.

Lanza un gemido
Fúnebre y sordo,
Y espira el bruto
Junto á un madroño.

Quédase el jóven
Mudo de asombro,
Viendo el inerte
Cuerpo escamoso.

“¿Cómo es que pude
Tan fiero monstruo,
Falto de auxilio,
Matar yo solo?....”

Tú, Virgen Santa,
Disteme apoyo,
Tuyo es el triunfo,
Lo reconozco....”

Dice, y las gracias
Dale gozoso,
Sobre la fiera
Puesto de hinojos.

Baja del monte
Cargado el hombro,
De la victoria
Con los espolios.

Y en este santo
Muro colgólos,
El impaciente
Jóven heróico.

Tal es la historia

Desos despojos,

Que del prodigio

Dan testimonio.

III.

La fragata.

Sobre una roca imponente

Que alza su pálida frente

Con altivez en la playa,

Un grupo extraño de gente

Se sitúa en atalaya.

No van hoy á las orillas

A conquistar los despojos

De las destrozadas quillas;

Que no hay sangre en sus mejillas,

Y el terror mora en sus ojos.

Sin duda son marineros,

Porque llevan parda blusa;

Luenga barba, y los sombreros

Charolados y ligeros

Que la gente del mar usa.

Sí, sus lanchas amarradas

Véanse al abrigo de un monte

Que forma dos ensenadas...

¿Mas qué buscan sus miradas

En el lejano horizonte?

Como si en su saña fiera

Romper los diques osára

Que pródigo un Dios le diera;
 Cual si la inmóvil barrera
 Sorberse el mar intentára;

Así con furor tremendo
 De improviso se rebela
 Fuerzas con fuerzas midiendo,
 Con tan pavoroso estruendo,
 Que la sangre toda hiela.

Ay! cada ola parece
 Un gran monte, cuya cima
 Gigantesca tanto crece,
 Que la tierra se extremece
 Cada vez que se aproxima.

Ya con insólito ruido
 Penetra por la hendidura
 Del peñasco endurecido,
 Remedando el estampido
 Del cañon que sangre augura.

Ya mugiendo llega, y choca
 Contra la pelada roca
 Que impasible se mantiene,
 Y abate su furia loca
 Firme en su puesto y perenne.

Y en mil pedazos deshecha,
 Cual despeñado torrente
 Caee al piélago, que acecha
 Cómo abrir la ansiada brecha,
 Mellando su dura frente.

Oscura noche entretanto
 Por el golfo removido

Tiende su lúgubre manto,
Y llega en pos el espanto,
De negras sombras circuido.

Los furiosos aquilones
Por encontradas regiones
Arrastran con fiero empuje
Los preñados nubarrones
Donde el trueno brama y ruje.

De polo á polo resuena
Su fragor estrepitoso;
Tiembla al oírle la entena,
Y en remolino tortuoso
Gime el mar, hierbe la arena.

De un no lejano cañon
La horrenda detonacion,
Tras súbita llamarada,
Pide al puerto compasion
Con voz ya desalentada.

“Es la fragata, volemos,
(Exclaman los de la roca)

”Pronto, los cables, los remos....

”Tal vez salvarla logremos,

”Que la distancia es muy poca.”

Y corriendo á su destino
Con el heroico empeño

Que honra tanto al buen marino,

Contrastan el torbellino

Lanzados al frágil leño.

Mas ay! cual la seca hoja

Del campo arrebatada en breve

El huracan, si se enoja,
Y por el confin la arroja
Vortiginoso y aleve;

Así en la empresa arriesgada
Por las olas arrastrada
Vuélvese la audaz barquilla
Cual saeta disparada
Una vez y otra á la orilla.

“¡Infelices, son perdidos!”
Grita el patron sin aliento,
Mientras hiere sus oidos
De cercanos alaridos
El desgarrador acento.

La fragata se abalanza
Cual corcel que se desboca
Con indómita pujanza....
Perdióse toda esperanza,
Se estrellará en una roca.

Brilla el siniestro fulgor
Del rayo en la oscuridad
Truncando el palo mayor....
Y un ay! desconsolador
Se pierde en la inmensidad.

Al empuje violento
Tuércese el bajel herido;
Llegó el crítico momento,
Ya en el voraz elemento
Se ve el casco sumergido....

Mas ¿qué es esto? de repente
Solemne voz que atestigua

La fé mas viva y ardiente,
Se oye exclamar hondamente...

"¡Virgen Santa de la Antigua!"...

Y ¡oh prodigio! de costado
Se alza el barco que zozobra;
Y el sol, hasta allí eclipsado,
Súbito rasga el nublado,
Para alumbrar la maniobra.

Los huracanes huyendo
De tropel y con estruendo
Sepúltanse en la caverna
Do Eolo con su tremendo
Cetro los rige y gobierna.

Las arenas removidas
Ora en su lecho descansan,
Y al nivel restituidas,
Las olas embravecidas
Sin saber cómo se amansan.

Desvanecida la bruma,
La cana y bullente espuma
Nevado cisne parece,
Que agita la blanda pluma
Cuando en el lago se mece.

Ya una lancha salvadora
Por las aguas se desliza
Cual saeta voladora,
Y el vigia que la explora
De frente el velámen iza.

Llega; y el práctico experto
Que un riesgo y otro precave,

Señalando el rumbo cierto,
 Conduce al ansiado puerto
 La desalentada nave.

Besa el náufrago infelice
 Llorando la rubia arena,
 Y gozoso exclama y dice:

“¿Quién tu nombre no bendice
 ”MARÍA, de gracia llena?

”Si en peligros tan extremos
 ”De aliento vital gozamos,

”Si al puerto llegado habemos,

”Todo á ti te lo debemos,

”No en vano en ti confiamos.

”De mi buque en la bandera,

”Que colgar juro en tu templo,

”Registrará placentera

”La comarca toda entera

”De tu amor un nuevo ejemplo.”

Dice *Maruri* (1): y envía

Su voto al cielo con él,

Dando gracias á MARÍA,

La piadosa compañía

Que tripula su bajel.

Esa bandera que del sacro muro
 Pendiente ves, cristiano peregrino,

(1) Es verosímil que así se llamase el capitán que mandaba la fragata, pues en la bandera que se conserva en el Santuario se lee en letras gruesas el apellido vizcaíno *Maruri*.

Por las olas se vió en trance tan duro
 Arrastrada en sinuoso remolino;
 Monumento es aquí fiel y seguro
 Que de un naufragio á recordarnos vino
 La tierna historia, bella apología
 Del poder y clemencia de MARÍA.

IV.

El cautivo.

“Inmaculada doncella,
 Madre Santa del Ungido,
 Consuelo del afligido,
 Refugio del pecador;

Tú eres la mística estrella
 Que al mortal misero guía
 Fausta en la noche sombría
 De la angustia y del dolor.

Tú eres el faro divino
 Que al piloto extraviado
 Lleva al puerto suspirado
 Con su brillo y con su luz;

Tú alumbraste mi camino,
 Tú mi cárcel tenebrosa,
 Tú me diste bondadosa
 Libertad, vida y salud.

Enterrado yo gemia,
 Devorando amargas penas

Al compás de las cadenas
 De mi lúgubre prision;
 Te invoqué, Virgen MARÍA,
 Y el lamento del cautivo
 Resonó en tu compasivo
 Y amoroso corazón.

Tú los planes bendijiste
 De la jóven Musulmana
 Que de infiel pasó á cristiana
 Porque oía hablar de ti;

Tú tambien valor la diste
 Para abrir la doble puerta,
 Por do libre á la desierta
 Playa luego yo corri.

Tú por rara maravilla
 Permitiste me acogiera,
 No bien llego, una velera
 Misteriosa embarcacion;

Que se aleja de la orilla,
 Cuando mi libertadora
 "Salvo estais, volad ahora,"
 Dice al tímido patron.

¡Qué los bárbaros no ultrajen
 A la hermosa, cuya vida
 Puso en riesgo mi partida
 Por las leyes del Coran!....

Yo la di tu Santa Imágen,

Mi mas cara y dulce prenda.....
 ¡Que la escude y la defienda
 Cual divino talisman!

Si alivió mi triste duelo,
 Si rompió los eslabones
 De mis hórridas prisiones,
 Instrumento tuyo fué:

Haz que cambie el patrio suelo
 Por region mas venturosa,
 Donde brille en paz dichosa
 La luz santa de la fe.

Desde el dia en que del móro
 Fui cautivo en lid funesta,
 Protegióme manifiesta
 Tu bondad en la prision;

Hoy que libre ya te adoro,
 Virgen pura, de milagro,
 Vida y alma te consagro.
 Tuyas ambas, tuyas son.

Estos hierros y cadenas
 Que mis miembros lastimaron,
 Y con ellos se arrastraron
 Por las cárceles de Argel,

Colgaré de las almenas
 De tu templo en dos mitades,
 Y serán de tus bondades
 Testimonio vivo y fiel.

O pondrélas reverente
Bajo el trono donde moras,
Pregonando á todas horas
Los prodigios de tu amor;
Y serán un elocuente
Monumento de tu gloria,
Que eternice la memoria
De mi dicha y tu favor....?"

Así hablaba cierto dia
Recostado un peregrino
Bajo el pórtico divino
Al rayar la nueva luz;
Y del templo de MARÍA
Detenido en los umbrales,
Recordaba antiguos males
Con placer y gratitud.

Ocho veces con aquella
Saludaba al mes de Mayo
De un sol puro el tibio rayo
Matinal por el confín;

Que con pompa ya descuella
Por detrás del alto monte,
Dando un baño al horizonte
De oro, púrpura y carmin.

Es el dia en que los fieles
Rinden culto á su Patrona,
Es el dia en que corona

Sus deseos la ciudad;
 Y rodando los cancelos
 Que del pórtico se alejan,
 Libre el paso á todos dejan,
 Que hoy madruga la piedad.

El cautivo con fe rara,
 Del Santuario bajo el techo,
 Cuenta en lágrimas deshecho
 De la Virgen el favor;

Y suspende junto al ara
 Por los férreos anillos
 Sus cadenas y sus grillos,
 Cual trofeo vencedor.



AFFECTOS.

I.

Al moral de la Antigua.

¡Arbol santo y milagroso,
 Que con tu follaje un día
 Verde dosel á MARÍA
 Tejiste en el cerro umbroso!
 Deja que aspire gozoso
 Los perfumes que derramas;
 Deja que asilo tus ramas
 Me ofrezcan aquí seguro,
 Do extinga el amor impuro
 Sus mal reprimidas llamas.
 Aquí jóven arraigaste,
 Aquí te encumbras altivo,
 Pues del moral primitivo
 Los honores heredaste:
 Vida y salud derivaste
 De su flexible renuevo,
 Y cuando pidas relevo,
 Consumido de vejez,
 De tus ramas á su vez
 Nacerá el sucesor nuevo.

Bajo tu copa florida
 Para bien desta comarca
 Descansó la feliz arca
 De la alianza apetecida:
 Tu sombra á gozar convida
 Los mas sabrosos placeres;
 Hijo de aquel árbol eres
 Que cobijó á la doncella
 Bendita, graciosa y bella
 Sobre todas las mujeres.

En tu tronco se reclina,
 De suave fragancia llena,
 Ya la cándida azucena,
 Ya la odora clavellina;
 Pero la esencia mas fina
 Con que al sentido regala
 Una flor y otra, no iguala,
 Ni merece ser rival
 Del perfume virginal
 Que MARÍA en torno exhala.

No en vano lecho de flores
 La pusieron á tu sombra,
 Cuando la Reina se nombra
 De los mas castos amores:
 Su máiz y sus olores
 Simbolo son de pureza;
 Nunca del sud la fiereza
 Marchite su lozania,
 Pues retratan de MARÍA
 El candor y la belleza.

Yo te saludo, Arbol santo,
 De grata y dulce memoria;
 Tú recuerdas una historia
 Llena de magia y de encanto:
 Si tiende lúgubre manto
 Nube minaz sobre el suelo,
 Nunca los rayos del cielo
 Hieran tu bello ramaje,
 Nunca recibas ultraje
 De los soles, ni del hielo.

Respire mi corazon,
 Libre de angustia y congojas,
 De tus misteriosas hojas
 Bajo el verde pabellon:
 Páginas de un libro son
 Que tu fortuna publica,
 Y elocuente nos explica
 Lo que en ese santo umbral,
 Oh portentoso Moral,
 Tu presencia significa.

II.

Abejas y palomas.

JUQUETE.

1.^a

Hay de la Antigua
 Sobre el umbral
 Un huequécito
 No muy capaz.

Vino el enjambre
 De un colmenar,
 Y allí reside
 De años atrás.
 Con tanto estruendo,
 ¿Cómo es que ya
 Las abejitas
 Huido no han?
 —Porque á la Virgen
 Blanco panal
 Labran de cera
 Para su altar.

2.^a

Huyendo un día
 Del gavilan,
 Dos palomitas
 Fueron allá.
 Y en la abertura,
 Que hace un sillar,
 Fijan su casto
 Lecho nupcial.
 Con el estruendo
 Que en torno hay,
 Las palomitas
 ¿Cómo se están?
 —Porque á MARÍA
 Quieren cantar
 De sus arrullos
 Al fiel compás.

3.^a

Por los contornos: Y
 De un romeral
 Las abejas
 Vienen y van.
 Liban su néctar,
 Vuelven atrás,
 Y aquí componen
 Rico panal.
 Teniendo tantas
 Flores allá,
 ¿Cómo es que vuelven
 Al colmenar?
 —Porque la Virgen
 Preso las ha
 Con la dulzura
 De su mirar.

4.^a

Al primer rayo
 Matutinal
 Las palomas
 Dánse á volar.
 Hallan del bosque
 Grato el solaz,
 Y vuelven luego
 Del robledal.
 Pudiendo libres
 Vivir allá,

¿Cómo retornan
 A este lugar?
 —Porque MARÍA
 Preso las ha
 De su belleza
 Con el iman.

3.^a

Al mediodía
 De la ciudad
 Pardas abejas
 Posado se han.
 Sol, rico pasto,
 Y agua además,
 Tienen cerquita
 Del colmenar.
 Si hay allí tanta
 Comodidad,
 ¿Cómo éstas, fijas
 Aquí se están?
 —Porque la Virgen
 A su panal
 Con el aliento
 Da suavidad.

6.^a

Por los confines
 Del verde hayal
 Blancas palomas
 Suelen rondar;

Donde hay espliego,
 Fuentes, y sal
 Que no atesora
 Su palomar.
 Cuando allí anidan
 Mil otras mas,
 ¿Cómo éstas vuelven
 A su sillar?
 —Porque MARÍA
 Brindando está
 De su pureza
 Con el raudal.

7.^a

Gentes al templo
 Suele llamar
 El argentino
 Hueco metal.
 Tienen los fieles
 Tanta piedad,
 Que á todas horas
 Vienen y van.
 Con tal estruendo,
 ¿Cómo es que aun hay
 Una colmena
 Y un palomar?
 —Porque la Virgen
 Los tiene ya
 Como encantados
 En ese umbral.

III.
A MARÍA SANTÍSIMA DE LA ANTIGUA.

HIMNO.

CORO.

Virgen Santa de la Antigua,
 Todo el valle en derredor
 Siente, palpa y atestigua
 Los prodigios de tu amor.

1.^a

Clara estrella de los mares,
 Precursora de bonanza,
 Rico emblema de esperanza,
 Fausto signo de salud;
 Tú disipas los pesares,
 Tierna enjugas nuestro llanto,
 Pones término al quebranto,
 Y al espíritu das luz.

2.^a

El amor meció tu cuna;
 No brotó la clara fuente,
 Cuando ya el Omnipotente
 Bella y pura te creó;
 Almo sol y errante luna
 Se escondían en la nada,

Cuando ya Dios su mirada
Complacida en tí fijó.

3.^a

La serpiente aborrecida
Nos lanzó del paraíso,
Por tu medio abrírnos quiso
Dios la puerta del Edén;

Y volviéndonos la vida,
Quebrantaste la cabeza
Del dragón cuya fiera
Nos robára tanto bien.

4.^a

El fulgor de las estrellas
No es tan grato al marinero
Que el incierto derrotero
Sigue tímido al azar,

Como bella entre las bellas
Eres grata al escogido
Que de tu amor ha podido
Las dulzuras saborear.

5.^a

Ni el arrullo candoroso
De paloma enamorada,
Ni la esencia depurada
Que á la abeja da la flor,

Ni el perfume delicioso
Que Sabá del monte envía,

Rivalizan, oh MARÍA,
Con lo suave de tu amor.

6.^a

Liberal do quier sin tasa,
Nadie á tí se vuelve en vano,
Cada dia de tu mano
Brotá un nuevo rico don;

Pero al siervo que á tu casa
Llega férvido á implorarte,
Sus tesoros le reparte
Tu bondad con profusion.

7.^a

No la madre afortunada
Vela tanto por el niño,
Dulce objeto de cariño
Tras de su infecundidad;

Ni saeta disparada
Mas veloz el aire hiende,
Que del triste al ruego atiende
Tu ternura y tu piedad.

8.^a

Vela, vela por tus hijos,
Reina hermosa destes climas,
Que ennobleces y sublimas

La cantábrica region ;

Y entre gratos regocijos
Sus mas caros intereses

Dejarán los orduñeses
 Por rendirte adoracion.

9.^a

Todo el valle de Arrastária
 Tu potente nombre invoca,
 Dulce nombre, que derroca
 La soberbia de Satan;
 Llegue á ti nuestra plegaria,
 Precursora del consuelo,
 Y los hijos deste suelo,
 Tus bondades cantarán.

CORO.

Virgen Santa de la Antigua,
 Todo el valle en derredor
 Siente, palpa y atestigua
 Los prodigios de tu amor.

IV.

Paráfrasis del Ave-María. (1)

Refugio del pecador,
 Nunca, nunca desoiste
 Los tiernos ayes del triste
 Que te invoca en su dolor:

(1) Siempre que rezo el *Ave-María*, los Angeles y los Santos se regocijan en el Cielo, y los Justos en la tierra; el infierno brama, y los demonios huyen. Así como la cera se derrite con el fuego, así los malignos espíritus se disipan á la invocacion del nombre de **MARÍA**. (*S. Francisco en sus Opúsculos*.)

Deja que ardiendo en amor
 Te salude el alma mia
 Con la dulce melodía
 Que el Arcángel S. Gabriel,
 Dirigiéndote como él
 Un *Dios te salve María.*

Por privilegio especial
 Que al infierno da pavora,
 Salva fuiste, oh Virgen pura,
 De la mancha original:
 De aquel decreto eternal
 ¿Cómo explicar la eficacia?
 Ni el Cielo mismo se sacia
 De contemplar la belleza
 De tu sin igual pureza,
 Porque *llena eres de gracia.*

Haré escuela de tu altar,
 Que tanto bien atesora,
 Pues quiero aprender, Señora,
 Cómo te debo de amar:
 No temo en este lugar,
 Bajo tu amparo y abrigo,
 Que el infernal enemigo
 Me declare inútil guerra,
 Pues tu presencia le aterra,
 Porque *el Señor es contigo.*

Después del Supremo Ser,
 Ni en la tierra, ni en el Cielo,
 Hay poder que en paralelo
 Se ponga con tu poder:

El ángel de mas valer
 Te presta alfombra, si quieres
 Pisar sus alas, pues *eres*
 Con excelencia infinita
 Grande, potente y *bendita*
Entre todas las mujeres.

Nada hay en ti, que no sea
 Bello, puro y acendrado,
 Cual espejo immaculado
 Que ninguna mancha afea:
 No temo aquí que en pelea
 Desigual conmigo entre
 Satanás, ni que concentre
 Sus fuerzas, pues huye astuto,
 Porque *bendito es el fruto*
De tu purísimo vientre.

Larga cohorte de males,
 De congojas y aflicciones,
 Destroza los corazones
 De los míseros mortales:
 Sabiendo cuánto tú vales,
 Todos corremos en pos
 De tu auxilio; salvanos
 En cuita y desdicha tanta,
 Celestial, inclita y *Santa*
 MARÍA, *Madre de Dios.*

Luzbel nos asedia altivo
 No bien al mundo llegamos....
 ¡Cuán tristemente purgamos
 Aquel crimen primitivo!

Que en tu pecho compasivo
 Resuenen nuestros clamores;
 ¡Ay! en un mar de dolores
 Nuestro espíritu navega....
 ¡Piedad, Virgen Santa! *ruega*
Por nosotros pecadores.

La proscripta criatura
 Solo á penar aquí vino;
 Sembrado está su camino
 De lágrimas y amargura:
 Cúmplase pues, Virgen pura,
 La ley que fijó su suerte;
 Pero haz que logremos verte
 Tras el destierro, Señora,
 Velando por nos *ahora*
Y en la hora de la muerte.

AMEN.

V.

Letanía de Nuestra Señora.

(Traducción libre.)

Kyrie eleison, Christe eleison, etc.

Piedad, piedad, Dios mío,
 Del frágil pecador,
 Que humilde ya á tus plantas
 Demanda compasion.
 Escucha nuestros ayes,
 O Cristo, escúchalos,
 Conmueva tus entrañas
 Piadosas nuestra voz.

Pater de Caelis Deus, etc.
O Padre, Rey del Cielo,
O Hijo, Redentor
Del mundo, y tú, el que Santo
Procedes de los dos.....
Tened misericordia
Del que prevaricó,
Y busca de su crimen,
Solicito, el perdon.
Habed, Trinidad Santa,
Que sois un solo Dios,
Piedad del que sus yerros
Contrito llora hoy.

Sancta Maria, etc.

Piedad, Santa MARÍA,
Piedad, Madre de Dios,
O Virgen de las Vírgenes,
Radiante mas que el sol;
O Madre del Ungido,
O Madre del favor,
O Madre de la gracia....

Rogad, rogad por nos!

O Madre de pureza,
O Madre del candor,
O Madre inmaculada,
Sin mancha ni borron;
O Madre de amor digna,
O Madre que llenó
De admiracion al mundo.....

Rogad, rogad por nos!

O Madre del Potente
 Supremo Criador,
 O Madre del que al misero
 Mortal pío salvó;
 O Virgen prudentísima,
 Y de veneracion
 Mas digna que ninguna....

Rogad, rogad por nos.

O Virgen, cuyas glorias
 Publican á una voz
 Los ámbitos del mundo
 Que alumbra el almo sol;
 Potente, clementísima,
 Y fiel al casto amor,
 De la justicia espejo....

Rogad, rogad por nos.

Vital sabiduría
 Su trono en ti fijó,
 Tú el gozo en nuestros pechos
 Derramas interior;
 O vaso misterioso
 De insigne devocion,
 O vaso de honor digno....

Rogad, rogad por nos.

O bella rosa mistica
 Nacida en Jericó,
 O torre inexpugnable
 Castillo triunfador,
 Que del marfil mas puro
 El Rey David labró,

Miradnos compasiva... O

Rogad, rogad por nos.

O hermosa casa de oro, O

Feliz arca que dió

Tesoros á la tierra

Del mas alto valor;

O puerta que del Cielo

Da paso á la mansion,

Miradnos compasiva... O

Rogad, rogad por nos.

Estrella matutina,

Salud del que enfermó,

Refugio del culpado,

Consuelo en la afliccion;

De los cristianos todos

Auxilio protector,

Miradnos compasiva... O

Rogad, rogad por nos.

O Reina de los Angeles

Que el trono del Señor

Con alas de oro velan

Sumisos á su voz;

O tú, á quien los Patriarcas

Con plácida emocion

Por Reina aclaman suya... O

Rogad, rogad por nos.

De Apóstoles y Mártires

La excelsa Reina sois,

Profetas, Confesores,

Os llaman á una voz

Con Virgenes y Santos,
 La Reina de Sion:
 Miradnos compasiva,
Rogad, rogad por nos.

Agnus Dei qui tollis, etc.

Cordero immaculado,
 Cuya sangre borró
 Los crímenes del mundo!...
¡Perdon, perdon, perdon!

Cordero immaculado,
 Cuya sangre borró
 Los crímenes del mundo!...
¡Escucha nuestra voz!

Cordero immaculado,
 Cuya sangre borró
 Los crímenes del mundo!...
¡Piedad, piedad, Señor!

ANTÍFONA.

Sub tuum præsidium confugimus, etc.

A ti nos acogemos,
 A ti, Madre de Dios,
 Penetren nuestros ayes
 Tu tierno corazon:
 Jamás en los apuros
 Desoigas nuestra voz;
 De todos los peligros,
 Mas bien, presérvanos,
 O Virgen Santa, digna
 De gloria y bendiccion!

y. Rogad para que dignos,
 O Madre del gran Dios,
 N. Seamos de las fieles
 Promesas del Señor.

ORACION.

Gratiam tuam quæsumus, etc.

Infunde en nuestros pechos
 Tu gracia, justo Dios,
 Y pues que de tu Hijo
 La Santa Encarnacion
 El Angel mensajero
 Feliz, nos anunció,
 Por su Pasion y Muerte
 De Cruz concédenos,
 Lleguemos á la gloria
 De su Resurreccion.
 Asi te lo pedimos
 Por nuestro Redentor.

AMEN.

VI.

SALVE.

Dios te salve, Reina y Madre
 De amor y misericordia,
 Iris de paz y concordia,
 Regocijo de Dios Padre:
 No importa que altivo ladre,
 Ni que con furia siniestra

Ruja Satan, si tu diestra
 Nos defiende, oh Virgen pura,
 Pues eres vida, dulzura,
 Salud y esperanza nuestra.

¡Dios te salve! á ti llamamos
 En los momentos de prueba
 Los penados hijos de Eva
 Que el crimen de Adán purgamos:
 A ti tambien suspiramos
 Falto de dicha y ventura....

¿No ves á la criatura
 Siempre llorando y gimiendo
 En este valle tremendo
 De lágrimas y amargura?...

Ea pues, vuelve, Señora,

Tus ojos á nuestra nada,

Míranos como abogada

Compasiva y bienhechora:

Y cuando pase la hora

Del destierro criminal,

Muéstranos libres de mal,

Con un corazón contrito,

A Jesús, fruto bendito

De tu seno virginal.

¡O clementísima! O Pía!...

Bondadosa sin ejemplo!

¡O del amor santo templo!

¡O dulce Virgen MARÍA!

Ruega por nos noche y día,

Madre del Dios que adoramos,

Para que dignos seamos,
Si piadosa te interesas,
De conseguir las promesas
Que de tu Hijo esperamos.

AMEN.

VII.

A LA VIRGEN SANTISIMA

EN EL MISTERIO DE SU ASUNCION GLORIOSA.

Soneto.

Rásgase el pabellon del alto Cielo,
Y el súbito fulgor que en torno envia
Envuelve al astro que preside al dia
Con su radiante esplendoroso velo.

De las arpas angélicas el suelo
Mudo escucha la plácida armonía,
Y al augusto festin sube MARÍA,
En alas del querub con rauda vuelo.

Llega en triunfo: sus puertas eternas
Con broches de zafir el Eden cierra....

¡Huérfana humanidad! ¡ay cuántos males
Te depara Satan! ¡ay cuánta guerra!

Sin Madre... solos... ah! llorad mortales...
Pero no, que su amor quedó en la tierra!

O. S. C. S. C. A. B. E.

ÍNDICE.

	<u>Pág.</u>
Introduccion.	5
RECUERDOS. I. Orduña.	29
II. La Antigua.	38
III. Preparativos.	41
IV. El ocho de Mayo.	48
V. El Valle de Arrastária.	56
TRADICIONES. I. Lisias y Dorilo, ó los dos pastores.	64
II. El Párroco y el zagal.	74
III. Ofrendas campestres.	81
IV. El triunfo.	89
V. El nuevo templo.	97
PORTENTOS. I. Madre é hija.	102
II. La serpiente.	115
III. La fragata.	119
IV. El cautivo.	125
AFECTOS. . . . I. Al moral de la Antigua.	130
II. Abejas y palomas, <i>ju- guete</i>	132
III. A María Santísima de la Antigua: <i>Himno</i>	137

IV. Paráfrasis del Ave-María. 140
 V. Letanía de Nuestra Señora
 (traducción libre). . . 143
 VI. Salve. 148
 VII. A la Virgen Santísima
 en el misterio de su Asun-
 cion gloriosa: *Soneto*. . 150

150



Introducción. 5
 Recuerdos. I. Orduña. 30
 II. La Antigua. 38
 III. Proposiciones. 41
 IV. El año de Mayo. 48
 V. El Valle de Arriarán. 55
 TRADICIONES
 I. Los dos. 61
 II. La serpiente. 115
 III. La fragata. 119
 IV. El cautivo. 123
 ARACANOS
 I. Al moral de la Antigua. 130
 II. Apeas y palomas. 132
 III. A María Santísima de la Antigua. 137

MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número... 4706
Estante... 40
Tabla..... 3
Valoración actual.....
Número de tomos.. ..



LAURENTIA

NEAURENTIA

4706